

LA GORRA CORONADA

DIARIO DEL MACRISMO COLECTIVO
JUGUETES
PERDIDOS

La gorra coronada
(diario del macrismo)

Colectivo Juguetes Perdidos



Colectivo Juguetes Perdidos

La gorra coronada: diario del macrismo / Leandro Barttolotta ; Ignacio Gago ; Gonzalo Sarraís Alier. - 1a ed. - Buenos Aires : Tinta Limón, 2017. 96 p. ; 19,5 x 13,5 cm.

ISBN 978-987-3687-35-8

1. Política. 2. Sociología. 3. Movimiento Social.

CDD 303

Diseño de tapa | Diego Maxi Posadas

Foto original de tapa | Aníbal Greco



Atribución-No Comercial-Sin Obras Derivadas
2.5 Argentina

© 2017, de la edición, Tinta Limón Ediciones
www.tintalimon.com.ar

© 2017, de los textos, Colectivo Juguetes Perdidos
www.colectivojuguetesperdidos.blogspot.com

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Presentación de la edición / por Tinta Limón	7
---	----------

Diario

Octubre 2015 / Apuntes rápidos sobre el voto mulo	11
--	-----------

Glosa / Nuevos barrios, vida mula, engorrarse, terror anímico y precariedad totalitaria, interiores estallados, pibes silvestres	15
---	-----------

Diciembre 2015 / Sobre el devenir voto de la vida mula	23
---	-----------

Gobierno de la tranquilidad	23
-----------------------------	----

El terror de los gorrudos	25
---------------------------	----

Modos de vida y derechización de los afectos /	29
---	-----------

Modos de vida y disputas por la intensidad	29
--	----

Contra la derechización de los afectos (Primero hay que saber rajar)	33
---	----

La precariedad como campo de batalla	37
--------------------------------------	----

Marzo 2016 / Los Anti-todo	41
-----------------------------------	-----------

Un gobierno de los trabajadores	41
---------------------------------	----

Anti-todo	42
-----------	----

Consenso macrista y micro-revanchismo	45
---------------------------------------	----

La disputa...	48
---------------	----

La alianza silvestre	49
----------------------	----

Octubre 2016 / La gorra ajustada. Vida mula derrotas y alianzas	51
Tres tristes derrotas	55
Octubre 2017 / Los resentidos	63
Vida mula re-sentida	63
Fuerzas vivas	65
Nuevos barrios ajustados	67
PD. El macrismo y sus soledades (Las derrotas que importan)	69

Apuntes

El cielo de los piolas (Una investigación en curso)	81
Lo que pueden la wachas (Apuntes a la salida del taller)	87

Presentación de la edición por Tinta Limón

Este es el tercer libro que publicamos del *Colectivo Juguetes Perdidos*. La escritura y la edición son para nosotros prácticas riesgosas, el terreno donde tejer alianzas y ampliar complicidades. *Diario del macrismo* está hecho de una escritura abierta, en movimiento, que sigue el pulso de la coyuntura, que asume el riesgo de la velocidad, pero que al mismo tiempo dibuja un mapa, un trabajo cartográfico meticuloso y paciente de varios años, que impide extraviarse en la locura de las “malas nuevas” y la confusión de la derrota.

En 2014 publicamos *¿Quién lleva la gorra?* Una pregunta inquietante. Y un libro inquieto: circuló muchísimo, haciendo de esa pregunta una itinerancia, una investigación-travesía. La primera presentación la hicimos en diciembre. Las siguientes fueron invitaciones de lectorxs activxs, confabuladxs, un de boca en boca que no dejaba de aullar: un par de ciudades del conurbano, Córdoba, Rosario, Mar del Plata, La Plata, Porto Alegre... Hasta hoy sigue la gira y hay circuitos que el libro va cavando por sí solo y para los que va encontrando aliadxs.

A principios de 2016 salió parte de este diario en *Macri es la cultura* (co-editado con la revista *Crisis* y el blog *Lobo Suelto*): una intervención también en velocidad ante el enmudecimiento electoral. Ahora, es una apuesta redoblada, continuada, y que asume la forma de un diario discontinuo que no pierde el pulso del que está hecho el día a día.

La escritura, la publicación, la circulación: es un artefacto complejo, con el que producir verdaderos encuentros, contra el ajuste vital y el enfriamiento anímico, para seguir en movimiento, para escapar a la coyuntura sin dejar de pensarla, contra el miedo con que se nos invita a replegarnos o burlando el microempresendedorismo al que estamos siempre convocados.

La gorra coronada como conjunto de textos tiene una idea fuerte, una provocación y un realismo del que no queremos bajarnos: el macrismo interpreta unos modos de vida que latían transversalmente y que crecieron en todos estos años pasados. Los corona y los sigue movilizándolo, los codifica y les da aire, los formatea y los aprovecha. Engorrarse y/o entusiasmarse (alternativa o simultáneamente) no es lo que le pasa al que está en frente. No es la descripción de un mal ajeno, sino un mecanismo extendido en todo el campo social, que articula el plano sensible (nuestros corazones, nuestros deseos y energías) y la alta política.

Juguetes Perdidos al decir que no hay afuera del macrismo, al asumirlo en serio, hace la verdadera pregunta por el afuera, por la huida, por el raje. En su léxico se nota una máquina de percepción e investigación que sólo cree en las fuerzas que se escapan a la época, que la atraviesan y la ponen en fuga. Y *Tinta Limón* se hace alta fiesta al tenerlos, una vez más, de aliados.

Noviembre de 2017

Diario

Octubre de 2015
Apuntes rápidos sobre el voto mulo

Muchos barrios y vidas populares se blanquearon durante la *década ganada*. Se viene un gobierno de blancos, sí. Pero ese gobierno se incubó desde abajo, se fabricó sensiblemente hace rato en lo profundo de los *nuevos barrios*:¹ las elecciones del domingo visibilizaron a nivel político la *vida mula*,² expresaron en la superficie pública el contrato existencial que millones de laburantes y vecinos no están dispuestos a romper: *consumo + muleo + engorramiento*.³ Eso es lo que querían Juan, Pedro y María: habitantes del centro de una ciudad blanca, laburantes del fondo de un barrio precario, lo mismo da: votantes emergentes de una reorganización de la vida barrial, urbana y social, votantes que exponen obscenamente un modo de valorizar la vida, votantes que padecen el *terror anímico*⁴ y la intranquilidad permanente, y que están dispuestos a lo que sea para sostener el precario (o no) orden propietario que supieron conseguir.

Hace varios años que todos los conflictos que se dan en los barrios se resuelven por la *gorra* (vecinos engorradados, linchamientos, cinturón sur, policía local, cámaras y todo el negocio de la seguridad) intentando intervenir en el andar anímico del vecinalismo, instaurar la tranquilidad como continuo de la vida mula. Quizás, los cambios políticos a nivel macro sean un sinceramiento y sincronización entre lo que pasa barrios adentro y lo que se gestiona por arriba; ahora sí la sociedad del muleo se

podrá expresar en todo su esplendor arriba y abajo sin fisuras, de manera directa.

Acá no hay ideología, no hay derechización, ni conservadurismo. Acá hay que volver a dar una disputa por cómo queremos vivir. O quizás, es derechización existencial y vital más –o antes– que social; y ahí, en ese plano sensible y afectivo la derrota es previa al domingo por la noche. Es este plano el que se vuelve transversal a cualquier votante, y es por eso que la mera disputa ideológica –sin disputa de las propias formas de vida– puede hacernos una trampa. Acá es la derecha como una percepción sedimentada en afectos, hábitos y morales que cotidianamente se van cocinando... no la derecha ideológica. Enfriamiento existencial y libidinal antes que económico; ajuste de la vida a los pequeños y asfixiantes *interiores estallados*⁵ (a los que ahora quizás se pueda llegar más rápido en Metrobús) y a los moldes laborales y sociales, y poco más. Sobre estas pequeñas, silenciosas, cotidianas y oscuras derrotas se montan las otras más resonantes. Nos quedan algunas preguntas, ¿y si la década que pasó fue una manera de responder a una sociedad a cielo abierto, desde las luchas dosmilunistas que eran resultantes de formas de vida que se preguntaban por otros modos de vivir el trabajo, la justicia, la memoria, el rock barrial y las esquinas... hasta las preguntas que los *pibes silvestres*⁶ le ponían a la comodidad que se iba cerrando a través del consumo y su reverso *gorrero*? ¿Y si lo que se viene (o que en realidad ya se viene viendo hace rato) nace sensiblemente del resguardo en la propia vida, la comodidad organizada (esa amarga utopía), el conformismo, y la vida interior estallando... es decir, la clausura de esas preguntas abiertas?

Así está dispuesto el escenario: por un lado una alianza de clases, blancos y negros bailando al ritmo de la *vida mula*, vecinos bien y vecinos laburantes, vecinos de los barrios residenciales de las ciudades del conurbano y el interior, vecinos de barrios populares de las ciudades del conurbano y el interior, todos agenciados por el trabajo, el endeudamiento, el consumo, y la pasión suficiente para bancar como sea –seguridad comunitaria, alarma vecinal o fierro en mano– la propiedad o el umbral de vida mejor conseguido en estos años; una alianza de clases que puede ser finalmente gobierno sin mediaciones... Y, por otro lado, la *alianza insólita* (con algunas experiencias ya conocidas, pero sobre todo una alianza que es todo por venir) con los pibes y con lo *silvestre*, una alianza para hacer que pasen más intensidades (de esas que estallan las formas de vida existentes, de esas que abren líneas que perforan las sensibilidades mulas y conservadoras), una alianza con aquellos que le metieron preguntas a las formas de vida que se empezaban a clausurar en la época (con gestos y apuestas que nunca fueron vistas como “políticas”)... Pero también una alianza con lo agitable que aún anida en nosotros mismos (sí, es momento de investigarse y ver si todavía hay aguante –de ese que puede inventar nuevas armas–; algunos pocos estamos convencidos que sí, “somos nosotros”, los que nunca dejamos de ser leales a nuestras potencias, incluso si ese nosotros es del tamaño de un puño).

Se abre, a la fuerza, un escenario nuevo. Los lenguajes políticos reconocidos no supieron leer la década ganada: menos podrán con lo que viene (los nuevos barrios anticipaban el clima sombrío y oscuro que ahora toma la ciudad y el país).

Hay que agitar la propia vida, decimos. Somos parte de una generación que sale agitada de la década ganada: será difícil pasar de Netflix a ponerle el pecho a las gorras estatales... de la pantalla al agite callejero hay un abismo, y la gimnasia social que había desplegado otro tipo de presencia pública y social parece no tener ya efectos subjetivos. Pero aquí vale agrandarnos: no todos perdieron la calle, los barrios, la noche y, sobre todo, no todos perdimos una sensibilidad común con mucha vagancia que será sí o sí (por edad, por prepotencia vital, por pura arbitrariedad) protagonista en la sociedad mula que cada vez se vuelve más obscena: de nuevo, los pibes –en su ambigüedad, en su a-moralidad– fueron los que impidieron el cierre... (“no se vive únicamente para trabajar y consumir”).

La rechazación de la sociedad empieza por casa y por la imposibilidad de visitar el propio *nido de serpientes*: la tenemos adentro. Entre agitar una vida y agitarla, en lo que se hace en esos intersticios, en lo que se conquista a nivel de intensidades y fuerzas... allí es donde se puede pensar en la fabricación de nuevas imágenes políticas.

Las posibilidades políticas siempre nacen de los terrenos sensibles que se disputan en cada época.

Glosa

1. Cuando hablamos de **nuevos barrios** no nos referimos a un territorio nuevo, sino a la posibilidad de re-mapear los barrios, a habilitar percepciones desde otras fuerzas y posiciones, desde roles que no son los habituales. Una necesidad de remapeo constante, porque los elementos barriales están todo el tiempo combustionando y reformulándose. “...Nuevos barrios por mutaciones objetivas, pero también, y sobre todo, la novedad está vinculada al ver, a la percepción (...). Un barrio pueden ser solo dos cuadras, o una esquina o un territorio municipal, según quien lo habite... Las variadas formas de nombrar y recorrer el barrio nos hablan de la multiplicidad de formas de vida barriales, de los distintos cuerpos que aguantan por ahí” (*¿Quién lleva la gorra? Violencia, nuevos barrios, pibes silvestres*, 2014).

2. **Vida Mula** es un modo de encadenamiento –e “integración”– de las vidas actuales. Un continuum de trabajo, consumo, familia, educación, planes sociales, y un montón de gestiones diarias que se realizan para mantenerse a flote en la precariedad de cada uno de esos aspectos vitales.

“Ahora el afuera está expuesto en toda su infinitud, la época no deja al alcance muchos broches para colgarse de ella, hay que cargarla en toda su desnudez. Eso hace el que *mulea*; soporta en su carga al trabajo precarizado, pero también los quilombos familiares, la necesidad de consumo,

la violencia barrial, el desprestigio social, los malestares corporales gratuitos, el viaje hacinado en trenes y bondis, el rastrero del pos-vecino que vive en su cuadra... La vida del que mulea, en gran medida, está decidida desde una exterioridad. No ya una exterioridad de imperativos morales o históricos (como los del Trabajador) sino por fuerzas inmanentes que permanentemente lo vuelven impotente y sumiso, pero a la vez lo movilizan para producir activamente en los circuitos económicos precarios e informales.

Hay una resignación complementaria del que mulea. El que mulea también resigna deseos, formas de ser –que te atrapan– que no alcanzan nunca a terminar de ser. Al no haber educación para trabajar, identidades y formas de vida que queden nucleadas en el trabajo, en la educación o en la familia, esos deseos de institución y de determinado orden que estructure, responderán a pensamientos externos, que vienen de afuera, de otros tiempos. Hoy nadie sueña con ser empleado, obrero, cadete, cajero de supermercado, cartonero. Hay una batalla entre los destinos deseables que habrá que dar, pero ¿por dónde pasan los sueños?” (Ídem, p. 106)

Vida mula es una imagen también de la mutación del trabajo, de tiempos de *trabajo total*, de trabajo “ensanchado”, donde todo es trabajar, o mejor dicho donde trabajar implica movilizar toda la vida todo el tiempo, no poder nunca desligar el laburo del consumo, del estado de ánimo, de la gestión de los interiores estallados, de las relaciones, del viaje, del frágil orden cotidiano, del endeudamiento, del consumo... Y lo que se ensancha también es la

violencia como lubricante inevitable de ese continuo: implosiones (dentro de las mismas formas de vida), el engorrarse como modo de control del otro, de la diferencia; la violencia como *boomerang* que recorre toda esa cadena. La crueldad como máscara y contraseña para sostener relaciones, estados de ánimo y cada aspecto vital.

3. **Engorrarse** implica un gesto y un movimiento (“ponerse la gorra”) que es un particular hacerse cargo del desborde. Un hacerse cargo que en realidad es un segundo acto, ya que el primer movimiento es leer como “inseguridad”, riesgo o peligro, el escenario o la secuencia de desborde. De la precariedad y el desborde se pueden desprender muchas cosas: gestos en común, aguante, creatividad... pero también –y es esto un signo de época– el gesto veloz e indiscutido de “ponerse la gorra” (que incluye y excede la criminalización, la vigilancia o la delación, etc.). Se trata de un acto que pone en evidencia la precariedad no solo de las instituciones que intentan regular nuestras vidas, sino también la del lazo y las redes cotidianas. Cuando se codifican determinados hechos del desborde como inseguridad o como ocasión de ponerse la gorra, se personalizan devenires sociales que arraigan en situaciones más profundas y complejas. Si bien el engorrarse se acopla, según la situación, a poderes como el estatal-policial o gendarme, el transa, el del mercado, el de los valores familiar-cristianos, etc., la misma imagen de llevar la gorra dice por sí sola que esa gorra está a disposición de todos (ya no hay nadie de por sí

dueño de ese gesto o poder de marcar el orden de la calle –aunque todos quieran–); la constante es el miedo y la *gorra* como clave de la relación; y su singularidad es que los cuerpos en los que encarnan van mutando, al igual que sus modos de operar.

4. “Nuestra época incubó un propio terror. Un terror exclusivo de la precariedad. Un **terror anímico**. Un terror que no tiene agentes nítidos ni agentes concretos que nos recuerdan sus límites... El terror anímico tiene mucho de temor a la inconsistencia, a des-existir, a que una fuerza inesperada –pero previsible– te lleve puesto.” (Ídem, p. 49)
Hay un fondo de terror anímico, provocado todo el tiempo por la **precariedad totalitaria**, que permanentemente te recuerda que te podés fragilizar, que se puede desarmar tu mundo, que se puede pudrir tu barrio, tu casa, que es un quilombo el laburo y la ciudad. ¿Cómo no percibir las implicancias políticas de ese susurro –y por momentos grito– permanente a nivel sensible y al nivel de los hábitos?

La precariedad es *totalitaria* cuando es el suelo de todo lo que se arma para vivir (relaciones, redes, amores, trabajos, consumo), cuando toma y actúa sobre la totalidad de la vida. Cuando no es posible pararse sobre otra superficie que estructure, y lo que queda entonces es la contingencia del día a día. No se trata de la *precariedad totalitaria* como parámetro de valor o condición de imposibilidad, inquebrantable; lo dicho, muchas cosas –sino todo– se arman en la precariedad. Pero es desde este suelo, como fondo de época, que cualquier roce

puede generar quilombo; y esto sí es un axioma casi inevitable: cualquier cosa puede desarmar el frágil equilibrio cotidiano. Quilombos que son violencia latente circulando, y que enfrentarlos te vuelve cuidador –y propietario– de tu vida: pura individualidad paranoica y solitaria (“nadie te va a cuidar por vos”).

“Cualquier secuencia se vuelve un riesgo vital, una alarma que resuena entre los cuerpos y que puede generar dispersión, resguardo y anhelo de tranquilidad; pero también puede armar banda, o llevar a armarte, o a marchar para pedir seguridad. Secuencias que muestran en la superficie social, el miedo al despojo de la propiedad privada o a la violencia contra el cuerpo, secuencias que dejan entrever un fondo de terror anímico incuestionable.” (Ídem, p. 50)

Precariedad *totalitaria* entonces porque inunda todas las facetas de la vida –lo laboral, la ciudad, lo institucional, las relaciones, los interiores– y porque es imposible leerla como falta: se trata más bien de la movilización permanente de la vida. Es fundamental para pensar la dinámica de la violencia barrial –no sólo desde lo estatal o institucional sino también conectada al suelo material y anímico–, y para pensar las disputas de clase en términos de cuántas mediaciones hay entre la precariedad totalitaria y vos, cuántas redes te permiten conjurarla.

5. “...Ahora todo es **interior**. Todos *interiores* que *parecen infinitos* (y estallados). No importa cómo, quedémonos acá. La casa y los trabajos, las

imágenes cotidianas de asfixia por hacinamiento, el parejismo o la familia tentacular replegada en pocas habitaciones, todo convive con el consumo y con la invasión de pantallas –de todos los tamaños y formas– que también ayudan a perforar ese rejunte opresivo (me voy a las redes sociales o a youtube). Y tanto interior llama al desborde, al reviente, al estallido anímico. Porque todos esos interiores que parecen infinitos, también parecen no tener fondo, o tener un fondo insondable y permanentemente desplazado. Como si volviera con una fuerza inusitada e imprevista ese boomerang barrial que todos les habían arrojado a los pibes del fondo (otro fondo, siempre movedizo). Si todo lo que sucedía en el barrio era atribuido a ese fondo callejero, violento, amoral, público y desconocido, ahora todo eso vuelve al fondo de los interiores; la misma violencia (pero con otro signo), el mismo espacio invivible y brutal, el mismo rejunte, la misma rapacidad están adentro del hogar... pero ahora entre conocidos (familiares o vecinos) y en la esfera privada...” (Ídem, p. 57).

¿Cómo pensar las disputas políticas desde estos espacios? Y al mismo tiempo, ¿cómo evitar pensar los *interiores* desde las imágenes que se tiene desde el *exterior* (un exterior a veces espacial pero sobre todo político, sensible, de lenguaje)?

La imagen del “estallido social”, por ejemplo, sobrevuela muchas de las discusiones, de los imaginarios, de los cálculos y sobre todo de las expectativas. Pero a la imagen del estallido no podemos no sumarle la de la *implosión*. Cada cuerpo, cada casa, cada barrio implosionando en enormes y profundos micro-estallidos hacia adentro. La

implosión: estallido sobre fondo de precariedad totalitaria. Cuerpos que no dan más. Hogares que colapsan. Roles fundidos (ni siquiera desfundados, sino quemados por sobreexposición, por soportar de más). El ajuste en un escenario de *precariedad totalitaria* implosiona sobre los cuerpos-fuerzas que atraviesan el continuum; la vida mula se endurece e implosiona para todos lados, como una bomba bajo tierra... con menos laburos, menos changas, menos guita, cualquier elemento fundamental para mantener a flote una vida en un terreno precario se vuelve más pesado y estalla sobre el cuerpo responsable.

6. **Pibes silvestres**, “son la vegetación silvestre –y salvaje– de la década ganada; crecieron solos –y se hicieron a sí mismos– en el baldío del consumo y de los ‘nuevos derechos’, se sociabilizaron por fuera de cualquier ortopedia social y se volvieron medio un misterio, una incógnita” (Ídem, p. 86). Cuando hablamos de pibes silvestres no hablamos nunca de sujetos. El *silvestrismo* es una fuerza, una intensidad que atraviesa a los pibes y pibas de los barrios cuando se desplazan, cuando saltan de roles, cuando disputan los consensos barriales, cuando ensayan algún raje, cuando testean los destinos posibles que se tiene para ellos. Pero el silvestrismo no es exclusivo de los pibes o las pibas; es antes una categoría política que sociológica. Es la fuerza con la que nos hemos aliado para pensar la época. Los pibes y pibas son sus vectores principales en los *nuevos barrios* (infinidades de secuencias, conflictos y disputas los tienen como protagonistas).

Diciembre de 2015
Sobre el devenir voto de la vida mula

Gobierno de la tranquilidad

Se votó para extender los interiores estallados a toda la ciudad, se gritó masivamente; *mi* Vida es *mi* trabajo y *mi* familia (y *mi* umbral de consumo y *mi* gorra): un mundo privado que deviene país. Ese fue el devenir-voto de la Vida Mula. Esa visión de la vida, esos modos tristes de valorizarla diagraman un asfixiante mundo único para habitar que pugna por tomar “el espacio público” y fagocitarlo; el afuera queda clausurado (las otras posibilidades vitales a indagar). Asistimos a un cambio de época que se venía fabricando sensiblemente hace rato –los signos abundaban, sólo había que intentar leerlos–; el auge de un clima de sanidad y moderación de la vida privada (que es hoy más pública y política que nunca...). Desde las mirillas de la Vida Mula –tomados por ese continuo y desde esa percepción de *refugiados*– la calle se reduce a policías, metrobuses y un fastidioso tiempo muerto que se experimenta como insoportable demora para ir al trabajo o regresar al hogar. Un voto entonces para mejorar la calidad de la vida (*Mula*). Un voto para terminar de silenciar algún que otro ruido que viene del exterior (de la calle, de la plaza, del Palacio). Y ahora sí: la autopista despejada y silenciosa para transitar sin molestias por el circuito aceitado de la Vida Mula; la amarga utopía: la silenciosa, doméstica, molecular revolución

conservadora de la alegría triste; esa que de forma subterránea se podía percibir en su lenta pero constante expansión durante toda la década ganada (claro, si se la rastreaba a contrapelo...).

Pero la Vida Mula requiere –lo muestra el consumo, uno de sus principales eslabones– el engorrarse para funcionar. El engorrarse custodia las fronteras; engorrarse al interior de los hogares (para mantener la familia estallada o el umbral de consumo adquirido), para ordenar el barrio-rejunte, para limpiar y conjurar las amenazas externas (alguna que otra vez participar de las mesas de seguridad o de la alarma comunitaria, llamar a la policía, o hacer-banda con los vecinos *gorrudos* para linchar a algún que otro pibe), para sostener –y proteger– el umbral de propiedad conseguido en estos años. Poco más. Eso es lo público también. Eso es la política sobre todo. Lidiando con los asuntos privados y domésticos que ya no se circunscriben al interior de una casa, sino que derraman al barrio y a la ciudad toda (“vengo a traerles tranquilidad, alegría. Soy un líder sanador”). Hoy gobernar es crear *tranquilidad* (producir efectos de tranquilidad). Se interviene a nivel político en la gestión de las intimidades... por eso la disputa es a nivel sensible, a nivel de los hábitos y afectos, para modificar la percepción: la calle molesta hoy más que nunca (el tránsito obligado de un interior estallado a otro, el espacio de excepción en el que puede advenir la muerte trágica y violenta, el (no) lugar de las amenazas...).

Pero si gobernar es crear tranquilidad es porque *antes* hay un fondo donde la precariedad es *totalitaria*. Una precariedad que –en sus diferentes estratificaciones y segmentos– te expone al terror anímico y a la intranquilidad permanente. Desde ese terror no cuestionado

se pide tranquilidad y no solo seguridad, desde allí se acepta el dispositivo de la vida mula y se votó una fuerza política que promete paz y moderación. Es aquí donde la imagen de Macri viene a conectar vía moderación, técnicas new age y discursos alegres, subjetividades que atraviesan la ciudad toda armada bajo el calor de estos pedidos de tranquilidad.

El terror de los gorrudos

Los diques cedieron y la liturgia gorrera anda tocando los timbres de toda la ciudad. Este escenario que nos pone por arriba a la “derecha” habilitando un “revanchismo”, es el devenir “macro” de toda una energía por abajo que conecta (y quizás da luz verde) a las variadas liturgias gorreras (que ya tienen un saber curtido desde hace varios años, como ejemplo valgan los vecinos enferrados, los linchamientos, diferentes violencias en los interiores...). Las dinámicas gorreras de los nuevos barrios llegaron definitivamente al centro de la escena (y del sistema político), encuentran eco por arriba y toman el Palacio... A lo largo de la década intentamos politizar, de diferentes modos y al calor de diferentes acontecimientos, la precariedad que nos atravesaba como generación (Cromañón, casos de gatillo fácil, linchamientos, tragedia de Once). Pero la precariedad como lógica, que se presentaba y atravesaba nuestros laburos, fiestas, viajes... en los nuevos barrios se nos mostró de otra manera, como subsuelo, o más aun, como precipicio. Precipicio porque a lo largo de la década, ni el trabajo, ni el consumo, ni la familia, ni el Estado, ni la militancia, fueron “constituyentes” o “reparadores”, en ese nivel. Hubo “más guita,

más trabajos, más rejuntes, más educación, más salud, más cultura, más ciencia, más deporte, más seguridad” y así podemos seguir (en este punto el estado hizo alianza con la vida mula)... pero todas fueron o son redes que se bancan en el día a día; redes que te sostienen de la intemperie, creando efectos de distancia entre la vida mula y el vacío, pero que no barren la precariedad de fondo, no llegan nunca a conjurarla.

Es en este terreno en donde se juegan las luchas de clases actuales. Las redes previas ya instituidas con las que se cuenta; las precariedades insalvables, las disputas cotidianas para que no te coma ese abismo... La precariedad no es igual para todos (así como la devaluación no es igual para todos, la emergencia en seguridad no es igual para todos...), y lo que se pone en juego es una disputa por esas redes.

Por todo esto el terror anímico y los pedidos de tranquilidad en los nuevos barrios no son iguales que en otros puntos de la ciudad. No es lo mismo los gobiernos de la tranquilidad en la clase media refugiada en sus hogares, con vidas armaditas y sostenidas (con terapias alternativas, medicalización y vidas psicoanalizadas) desde donde poder enunciar y politizar la época, que los gobiernos de la tranquilidad en los barrios, donde son muchos más importantes los gestos gorreros, las pausas religiosas y las fuerzas de seguridad como reguladores anímicos y del pulso barrial. Con esta geografía barrial es con la que dialoga la “emergencia en Seguridad”. Y es esta alianza entre el realismo vecinal y la gobernabilidad de derecha, que fabrica sensible y materialmente la *Gorra coronada*.

De la misma manera que no es igual el engorrarse en algunos puntos de la ciudad que en otros, no es lo mismo engorrarse cuando contás con apenas *unos pares* de

redes cotidianas... que hacerlo desde los barrios de clase media. Parece un mismo gesto, pero no lo es... No hay que ser gorilas acá; ni tampoco en la relación entre consumo y engorramiento. No hay derechización ideológica del pueblo porque consume. Hay engorrarse porque es un elemento fundamental del continuo... y principalmente, el engorrarse se vuelve más importante cuando es poco lo que defendés (o cuando hay que defender lo que es poco). Lo que se tiene hay que defenderlo con uñas, dientes, gorras, palos... lo que sea. Ajuste e inflación intensificarán el engorramiento.

La gorra coronada, el *engorramiento coronado*, escupe contra *los mantenidos del plan*; la vagancia expresa una supuesta imagen de “corte” al continuo, a la gestión cotidiana. Y es en ese gesto de rechazo a esos rajés (o posibles rajés) como se *blanquean* los barrios; desde ahí, desde esa sensibilidad y esa gestión material de las vidas es que se apunta contra *los mantenidos, los negros, los vagos...* Al gesto gorrero y su liturgia hay que apuntarle *desde* esos mismos rajés y puestas en tensión de la vida mula, desde esos cortes al continuo: no desde posicionamientos ideológicos o desde las comodidades propias de quienes están exentos de enfrentar día a día esas guerras anímicas (cuerpo a cuerpo).

Soportar el continuo, poner a funcionar la vida para que *valga*, emprender la gestión de cada red vital, y todo ese tiempo invertido, te deja cara a cara con la *vagancia* como contrapunto del muleo. Si algo viene a detonar los equilibrios de convivencia de los interiores estallados son esos alegres gestos de la vagancia, que en la década ganada se revistieron de consumo, pilcha, y joda. Apuntar contra el mantenido del plan no es ir contra el subsidio directamente, sino contra esos gestos de vagancia que rompen

con la forma de valorizar la vida que conlleva una vida mola. Algo del voto a Macri busca borrar de la época a la vagancia. *Vos debés hacer algo, emprender lo que sea*. De la imagen de los pibes como “disponibles” a la razzia moral del “emprededurismo”.

La disputa por la tranquilidad (el campo de juego de la Gorra coronada), tiene su reverso –e implica– una disputa por la *intensidad*; por las formas de vivir y valorizar la vida en los barrios, en la ciudad.

La vagancia labura. Los vagos no son los mantenidos; ni “los del plan”, ni mucho menos los de la renta y la propiedad familiar. Como tampoco los *mulos* son los que tienen que laburar para vivir, sino los que creen que el laburo es lo único que valoriza la vida. El rechazo a la vagancia desde la vida mola fue siempre sensible, corporal, político: cuando la vagancia juega en el desborde –con toda la ambigüedad que ese movimiento de raje implica: locura y bajón, cielo y muerte, consumo y re-
junte–, se vuelve intolerable, le mete demasiado calor e intensidad al enfriamiento existencial.

Pura arbitrariedad vital:

A nosotros la Gorra coronada no nos gobierna.

Arriba la vagancia!

Modos de vida y derechización de los afectos*

Modos de vida y disputas por la intensidad

Hablamos de una derrota existencial, o derrota vital, “antes” que macropolítica, o como condición para que esta suceda. Falta de inyección vital, experimentaciones frustradas, cierres de las posibilidades al interior de cada vida... eran algunas señales que aparecieron los últimos años que hablaban de un enfriamiento vital, caldo de cultivo (junto a otras dinámicas) del actual escenario político y social. Empezar a pensar (y pararse ante lo que pasa) por este lado, nos saca de un plano puramente ideológico, de “toma de posiciones”, de posturas que cierran bien a un nivel discursivo o imaginario o de principios pero que poco entran en juego con la vida, con las maneras de vivir, con el hábito, con los afectos, con las alianzas vitales que vas tejiendo, con las disputas efectivas en las que estás metido (disputas no solo a nivel material, económico, político, de relaciones de fuerza, sino también disputas a nivel de la *intensidad*, de las ganas, de cómo valorizas tu vida).

Ponemos el acento en los modos de vida o ritmos vitales, en los pulsos, que son siempre singulares de cada modo de vivir, de transitar la ciudad, los laburos, la noche, las fiestas, de gestionar, crear o producir espacios colectivos, de ampliar el campo de posibilidades, de las alianzas posibles... ponemos el acento ahí porque creemos que un lenguaje

* En base a preguntas realizadas por la revista *Nuevos Trapos* en marzo de 2016

político que no nace desde esos pulsos o que no los tiene en cuenta radicalmente, ya nace castrado, sin potencia. Es poner el acento también en un montón de dinámicas que muchas veces no son catalogadas como “Políticas” pero que en definitiva son un terreno de disputa primordial. Ahí no solo nace sino que se despliega toda política, toda politicidad. Una disputa o una discusión a los “poderes” (en un barrio, en un laburo, en una pareja, en una institución) que no tenga en cuenta este plano sensible y de *intensidades* en realidad no discute nada. Vale aclarar que todo esto (obviamente no descubrimos nada) lo fuimos pensando y poniendo en juego en este espacio colectivo que es Juguetes Perdidos, pensando primero hace varios años problemas más generacionales por así decir (como Cromañón, el rock, la violencia policial, la ciudad) y más recientemente al embarcarnos en una investigación concreta en algunos barrios, junto a pibes y pibas, para pensar el tema de la violencia, los modos de vida en los barrios, la precariedad... (investigación que derivó en el libro *¿Quién lleva la gorra?*).

30

Ahora, volviendo a este nivel de la discusión el “análisis de coyuntura” se pone más complejo, mas difícil de hacer. Porque no solo implica el análisis más “físico” (es decir en términos de “movimiento”, relaciones de fuerzas como si fueran “piezas” en un tablero, avances y retrocesos, repliegues, etc.) sino que te mete de lleno en un análisis que podemos llamar como más “químico”, donde aparecen otro tipo de ritmos, de combustiones, de materialidad, de velocidades... Cómo pensar la Coyuntura Política teniendo en cuenta los pedidos de tranquilidad en un barrio,

el tema de los interiores estallados, de las vidas que se mantienen en un equilibrio precario (donde cualquier roce puede derivar en un quilombo). No se trata de reproducir un binarismo o separación entre “lo micro y lo macro”, sino de ver cómo funciona el “continuum”, las continuidades, el movimiento entero en el que se inscriben las vidas... Cómo pensar el consumo o el tema del trabajo desde esta perspectiva, poniéndolo en serie con esas otras instancias (con el vecindario como *rejunte*, con el engorramiento, con los bajones y la vida loca, con las tensiones que los pibes le meten hoy a la vida barrial, etc...). En este sentido (y también para salir de la disyuntiva entre lo micro y lo macro, y más bien ver cómo es la conexión), después de las elecciones hablamos del devenir voto de la vida mula. *Vida mula* (como le llamamos a ese continuo que incluye laburar, pero también engorrarse, también consumir, también sostener un rejunte o mantener a flote un cotidiano) que requirió y requiere mucha energía para funcionar. Es meter energía para llegar al fin de día, y no es algo metafórico. La precariedad no es un estado de crisis, o un trasfondo de crisis, sino que es campo de juego, es la constante de todos los elementos que se necesitan para vivir, para hacer andar ese continuum. Por eso decimos que es una *precariedad totalitaria*. Y es desde ahí que salen los pedidos de tranquilidad, como es desde ahí que se da una disputa por la intensidad en un barrio o en la ciudad entera (así como los desbordes de esas disputas), que son en definitiva disputas entre distintos *realismos* o modos de vivir. No se entiende el macrismo sin este suelo, sin estas discusiones y

disputas que se vienen dando sin tregua desde hace varios largos años en barrios que han mutado desde el 2001 o 2003 para acá...

Pensemos la gobernabilidad desde acá. Las estructuras medianamente firmes (el aparato productivo, el aparato estatal, la imagen del Trabajo que nucleaba toda subjetividad, la idea de comunidad o de barrio) ya habían sido destruidas desde diferentes cañones. Lo que se armó entonces fueron un montón de experimentos, redes momentáneas que te sostenían del precipicio (más guita, más trabajo, más programas sociales, culturales, de justicia, más *derechos*, más consumo). Redes que requirieron, en muchos casos, de muchos de nuestros saberes generacionales, como también de energía-pibe (en los laburos, en el consumo). Pero, ¿qué preguntas políticas discutieron en aquel momento la precariedad entendida como totalitaria, desde un lugar concreto? ¿Qué pensamiento y agite político se activó desde esas redes y desplazamientos? Cuerpos colgados del bondi, carnavales de consumo, rejuntos de amores o sanguíneos, o virtuales; laburos por puta guita; gestos gorreros que cifraban de alguna manera los necesarios desbordes de aquel continuo diario.... En cada elemento del continuo se daba la discusión por la intensidad y la energía anímica, para que ese elemento no sea solo una instancia más... y entonces el consumo podía ser derroche, fiesta, experimentación de a muchos; y el trabajo, calle tomada de motoqueros y cadetes; y una institución-galpón podía devenir un aguantadero de pibes chorros; y el municipio cuartel de manzaneras, vagancia, intelectuales y cumbieros.

¿Qué pasó a nivel de esa disputa entre realismos, esa disputa por la intensidad? ¿Qué pasó con la energía y el continuum? ¿Qué pasó con el engorramiento, con el consumo cada vez menos fiesta popular y más resguardo de los pequeños rejuntes, más combustión para esos interiores estallados, más como impulso de enfriar lo conseguido cueste lo que cueste? Ese tipo de mutaciones son “previas”, o mejor dicho, están más acá y más allá de la cuestión ideológica, del voto, de la Política con mayúsculas... Y poner la mirada (y la mira) en ellas, activar, ponerse a investigar, a tejer alianzas, salir a ver qué pasa, es una manera de “salir de la coyuntura” que tanto aplasta, así como también ponerle carne a la noción de modos de vida que puede sonar muy bien pero que siempre tiene que ser puesta en juego en movimientos y desplazamientos concretos.

Contra la derechización de los afectos (Primero hay que saber rajar)

Si nos situamos en los encuentros con los pibes en los talleres que armamos, en la investigación que derivó en el libro, primero nos encontramos con los cuestionamientos, con los *rajes*, las preguntas e interrupciones a la vida mula, al realismo vecinal, y luego recién con todo lo otro... incluso eso otro podía no estar mencionado explícitamente. El raje primero es raje, es despliegue de una fuerza, de un modo de vida, y “luego” es crítica a cierto orden. Nos parece importante empezar primero por el raje, porque te obliga en un punto a suspender ciertos

automatismos y sobre todo te obliga a un cambio en el plano de la percepción. Si empezamos por el lado de la vida mula, el continuum, la precariedad totalitaria, los destinos asignados socialmente para la mayoría de los pibes y pibas por ejemplo... es muy probable que los “cuestionamientos” aparezcan como a la defensiva, y ya jueguen en una cancha inclinada, marcada por esa mirada desde el orden... O quizás no tanto los rajes o cuestionamientos en sí, pero sí la percepción, el encasillamiento que podés hacer: si primero armás el “mapa” de la derechización de los afectos, los límites, el orden barrial... el riesgo es que vayas a buscar lo que desborda ese mapa ya asumiendo ciertos supuestos, ya armando un sistema de expectativas de cómo debería ser la crítica o el desborde de esos límites, qué niveles de eficacia pueden o tienen que tener, cómo deben desplegarse... todo un sistema de valoraciones o una programática que puede ser medio cerrada.

Por otro lado, vale aclarar que las movidas que nosotros señalamos como “cortes” al continuo, las movidas que al desplegarse desarman esa cadena aceptada que es la *vida mula*, son movidas y agites siempre ambiguos, oscuros, filosos... que desbordan cualquier oposición fácil (derecha-izquierda, libertad-sometimiento, orden-desorden). En primer lugar porque son movidas que tienen a la intensidad como materia prima, y la intensidad es amoral (es decir, puede también ser oscura, mórbida; intensidades *negras*... su signo triunfante es siempre saldo móvil de una disputa en ciernes).

La fiesta, la *vida loca*, el consumo (por tirar algunas imágenes de posibles cortes a la vida mula) pueden

contemplar también cierto muleo, pueden tener elementos autodestructivos, jerarquías... En la posibilidad de experimentar de otro modo la ciudad, el barrio, lo laboral, la noche, en la apuesta por encadenar de otra manera los afectos, los hábitos, hay riesgo, hay cuerpos implicados y por ende hay violencias por desatar, hay rapacidad.

Nosotros esos “cortes” al continuo, esos rajes que son una discusión al modo de vida “oficial” por así decirlo, a los destinos pre-asignados, a los consensos (consensos alrededor del consumo, del trabajo, la intensidad, los valores...), lo vinculamos a lo *silvestre*, que es una imagen que salió del encuentro con los pibes y pibas con los que armábamos los talleres. Lo silvestre, o mejor dicho el *silvestrismo* como fuerza, como intensidad, que atraviesa a los pibes pero no sólo a ellos, tiene algo de desbaratador por tratarse de una perspectiva que nació al margen de las imágenes de la crisis y del orden que se iban acomodando en la “década ganada”; imágenes, movidas, agites, modos de vida que nacieron como vegetación silvestre en medio de barrios que estaban mutando, donde circulaba más guita, más consumo, rebusques, otros circuitos... y que surfeaban la precariedad y lidiaban de otra manera con el vacío (a veces desconociéndolo, a veces desafiándolo). Lo silvestre como intensidad hace otro cálculo sobre la precariedad-consumo-derroche-trabajo, arma otra serie (o intenta armar otra serie) con esos elementos, desbaratando ciertos moldes y moviéndose de otra manera ante el precipicio. Sobre todo esquivando imágenes reactivas. Como por ejemplo al habitar el terreno del consumo sin caer en la lógica del engorrarse.

O al saltar de roles y no quedando enganchado en lugares, no morfándose ciertas imágenes de lo que es el laburo, el futuro, la guita, etc. Ni hablar las imágenes políticas, por más que “los pibes” hayan sido convocados desde los discursos políticos (así como desde el mercado). Es que el silvestrismo lo entendemos como una fuerza que atraviesa a los pibes, no como los pibes mismos como sujetos... Esto para nosotros reabrió la discusión por la política y la politicidad, por el tema de la percepción y los lenguajes. El agite, lejos de ser una fuerza noventosa (sí podría serlo quizás el “aguante”, pero no el agite) es una fuerza de negación pero también una fuerza vital ambigua, inaudible desde cierto lenguaje político reconocido. Un lenguaje, y también toda una “pedagogía” política, que quedó descolocada sobre todo en las últimas elecciones pero que ya venía afónica para describir e intervenir durante toda la “década ganada” (en cuanto a cómo pararse ante un montón de conflictividades, en cuanto a cómo leer ciertas dinámicas en los barrios, cómo imaginar formas organizativas, etc.). Sobre todo un lenguaje y unas imágenes que no lograban entrar en diálogo y discutir la *precariedad totalitaria*, que para nosotros es clave para entender los nuevos barrios, y que está como trasfondo, como suelo... Y obviamente todas estas preguntas, imágenes, encuentros, alianzas posibles, son fundamentales para nosotros mismos, para nuestras propias vidas, para alimentar nuestros propios rajes, para encarar y complejizar la pregunta por la posibilidad de una vida política, de una adultez pillá, para meterle preguntas (y agite) a la época.

La precariedad como campo de batalla

La cuestión es poder perforar las capas de obvedad; las que propone el gobierno, la “coyuntura”, cierto lenguaje “militante”. Hoy hay un montón de cuestiones que mantienen la “discusión” y la voluntad en un plano de lucha ideológica, reproduciendo un escenario que se aleja de las prácticas concretas y las posibilidades reales de disputar sensiblemente el engorramiento o la vida mula por ejemplo, que son algunos de los elementos sensibles que sostienen la gobernabilidad macrista.

Mucha “militancia” pareció revivir en estos meses de macrismo... y revivir un montón de imágenes, categorías, cierto activismo (y hasta cierta “alegría” vinculada al nuevo escenario) que requieren, para funcionar, sintetizar discusiones, limar complejidades, aplanar muchos de los problemas... Volver por ejemplo a la noción de pueblo vs. gobierno, derecha/ izquierda, a la conflictividad clásica (junto a las marchas, las asambleas) pero sin vincularlas a las conflictividades barriales de los últimos años, a los rejuntes, a las violencias domésticas, a las discusiones en torno a la tranquilidad, lo anímico, los quilombos en torno al consumo, la transa, los rebusques, y un largo etcétera... no vincular con todo eso es, como mínimo, reducir el campo de posibilidades y de eficacia de cualquier movida. Lo mismo respecto a desconocer las frustradas movidas que se encararon en los últimos años, a las politizaciones y experimentaciones que se ensayaron, los distintos agites... Además, la gobernabilidad macrista no pega en un solo frente. Por un lado está la sobresaturación de

medidas concretas con fuertes resonancias mediáticas, que convocan al “otro lado de la grieta” para mantener el juego político en el plano de la obviedad; y medidas que son claramente neoliberales, antipopulares, corte dictadura... Pero por otro lado, es una gobernabilidad que trae consigo una coronación gorrera, un micro-revanchismo generalizado, que entra en diálogo con la precariedad totalitaria explotando en los cuerpos. Y es este último frente el que mantiene en realidad el aliento y el consenso del macrismo, posibilitando no solo la efectividad del otro plano, sino coronando una serie de movimientos por abajo que se vienen cocinando desde hace mucho tiempo... ¿Cómo funcionan sino los pequeños jefes-mulos que ahora con euforia aparecen en cada laburo, gozando de la revancha y el verdugueo? ¿Cómo funciona el securitismo sin la masiva incorporación de los barrios en las policías locales? A lo largo de un año se incorporaron miles de pibes y pibas a la policía local, y despidieron a muchos trabajadores sociales –muchos de clases media– que andaban en los barrios. ¿No habla eso de la disputa por los realismos, por lo que pasa o no en los barrios? ¿No fue esa disputa por lo que pasaba o no en los barrios una derrota previa, sensible y bien concreta previa a estas medidas?

38

Obviamente que hay que discutir el “ajuste”, pero preguntándose también por el enfriamiento de la propia vida; discutir la violencia institucional o los protocolos de seguridad, pero no dejar pasar la violencia del quién lleva la gorra; hay que ver también qué son hoy los “rejunes”, qué es un barrio, en vez de apelar a una imagen de lo que queremos o

imaginamos que es; discutir el laburo a fondo además de pelear porque no haya despidos. Y entender qué significan todas estas disputas al interior de la precariedad, que va cortando la ciudad y los barrios en distintos segmentos y que no es igual para todos. Desde acá hay que pensar qué tipos de politicidades se crean... si no las disputas se pueden volver medio abstractas o retóricas, si no parten de los rajes, o si no muerden esos márgenes en donde se caldean los rajes, esos espacios –físicos, pero sobre todo subjetivos, anímicos, afectivos, sensibles– en donde se dan las disputas actuales por la intensidad, en donde se ponen en juego las preguntas a la vida barrial, a la vida mula, a la normalidad (pero una normalidad no exenta de agite y movilización de la vida, una normalidad en la precariedad...).

•

Marzo de 2016
Los Anti-todo

Un gobierno de los trabajadores

Los Movimientos de Trabajadores Ocupados o la Vida Mula pusieron un Presidente. “¿Por qué no reacciona el pueblo al ajuste?”, “¿por qué tanta pasividad?”, “¡el consumo para todos provocó este giro a la derecha de la sociedad!”... Interrogantes y enunciados que hablan más de un sistema de expectativas Políticas extemporáneo –y de un lenguaje deshabitado hace rato de cuerpos y deseos sociales– que de lo que *realmente* sucede. El pueblo lucha y está híper-movilizado, los nuevos barrios están mutando constantemente (nada más lejano a las imágenes de quietud), si todo no estuviese híper-movilizado y en continuo desplazamiento y tensión no hubiera ganado Cambiemos. La Vida Mula implica *beneficios con lucha permanente*; lucha por sostener las vidas sobre la línea de flotación de la precariedad totalitaria; luchitas pequeñas de todos los meses, de todos los días, de cada mañana, de cada regreso al hogar estallado, luchitas que van cansando a los cuerpos, luchitas imperceptibles para cierto lenguaje político, pero luchitas que insumen cantidades inmensas de combustible psico-físico, luchitas por gestionar los rejuntes (en el barrio, en la familia, en el laburo), luchitas (muchas) con el engorrarse como actividad fundante para sostener ciertos umbrales de consumo y, sobre todo, de tranquilidad...

Anti-todo

“*Antifiesta vos sos, tenés nuevo apodo, en la aldea te gritan, ¡Anti todo!*” (Mijail Bajtin)

La sensibilidad y la liturgia gorrera llegaron al Palacio. La gorra coronada: expresión Política de una sensibilidad que venía operando desde hace un largo tiempo capilarmente en los barrios y en la ciudad. La *gorra coronada* es ahora la que publicita por arriba la “revancha”; ese espíritu que una vez gobierno “vuelve” por abajo (habilitado y recargado), se mete en cada recoveco de la vida social, en cada esquina de los nuevos barrios, en los verduguesos laborales, en las conversaciones y hábitos cotidianos... Retorna renovado, como un boomerang, retroalimentando y *avivando giles* y también surfeando una sensibilidad gorruda cada vez más extensa y sólida (por puro encarnamiento...). Como si las llamaradas se extendieran crecidas hacia los lugares en donde se inició hace rato la combustión. Luz verde y vía libre para el engorrarse, para los vecinos en banda, para la policía y la gendarmería (que se sienten como en “sus mejores épocas”, con más guita, más estado de excepción para sus movidas), para los jefes y patronos, para los corazones ortivas que andan sueltos por la ciudad, para los *Anti-todo*...

42

Aunque la fuerza anti-todo no es propiedad exclusiva de los votantes de Macri, Cambiemos capturó estas fuerzas (lo vemos en estos meses de gobierno...) y armó una alianza de clases. Una alianza sucia, anti-fiesta, racista, gorruda... busca desalojar cualquier fiesta, cerrar cualquier punto de fuga o instancia que le meta preguntas al continuo de la vida mula. Por eso la alianza se da entre una fuerza barrial –el realismo vecinal, que quiere acallar el ruido de lo silvestre, el ruido de cualquier desbor-

de, aunque eso pueda significar menos laburo, menos guita, menos *derechos* en el propio barrio (por esto es que no se trata de una fuerza *conservadora* sencillamente: es una fuerza que dinamita incluso sus propias condiciones de vida)– y una fuerza de una vida de ciudad –cada vez más agitada y refugiada– que se veía desbordaba cada vez más en intensidad por las dinámicas barriales. Esa alianza de fuerzas encontró en las imágenes de la vagancia, los “ñoquis”, los mantenidos (demonios que ya circulaban socialmente), la excusa para barrer (o intentar hacerlo) las imágenes de desborde.

Al *ajuste* hay que sincronizarlo con este plano de disputa; complejizar de qué está hecho y sobre qué opera, sin dar por sentado lo que depara, y sin presumir que este traerá una reprobación social sencillamente. ¿Cómo se conecta el ajuste con estas fuerzas anti-todo barriales? ¿Cómo se acomodan los nuevos barrios con menos guita, menos trabajo, menos espacios, etc.?

Es desde acá también que se entiende cómo “el ajuste” es el epílogo de un consumo sin vitalidad, es su corolario: el enfriamiento de la economía tiene éxito si viene precedido de un enfriamiento de la vitalidad, de la intensidad que se ligaba al consumo; las políticas de enfriamiento no caen sobre cuerpos calientes por el consumo. Si así fuese no hubiera sido posible “extirpar” o recortar capacidad de consumo. Durante la *década ganada* el consumo implicó toda una gestión cotidiana de las fuerzas vitales; mística, energía, aguante, rebusque, agite, pero también engorramiento (“hay que sostener con el cuerpo lo que se compra con las cuotas”). El agotamiento del “modelo” vino primero en esa dimensión subjetiva, anímica, incluso antes que material... Antes de la brutal transferencia de ingresos económicos, existió una

transferencia de energías sociales: del consumo exacerbado hacia el engorramiento, el muleo a secas y la tranquilidad “cueste lo que cueste”.

La fuerza *Anti-todo*, por otro lado, se armó de dinámicas que iban en contra de las experimentaciones que se abrieron en los últimos años. Si el kirchernismo fue también la posibilidad de un *dejar hacer*, de habilitar o dejar crecer (incluso a su pesar) espacios en donde podía convivir lo heterogéneo (se vio por ejemplo con muchos espacios laborales “estatales”: verdaderos nodos-rejuntos de funcionarios y militantes, empleados, mulos sin más, vagancia, cumbieros, barras, intelectuales, estudiantes, todos precarizados, sí, pero todos ahí experimentando –o con la posibilidad de hacerlo– qué onda, explorando posibles, o “simplemente” desagotando –y deshabitando– el Estado de lógicas estatales...). Si el kirchernismo fue también ese dejar hacer, decíamos, el anti-todo también se nutre de fuerzas que salieron expulsadas de esas dinámicas, de sensibilidades y prácticas concretas que no lograban *pasar* por esos espacios del dejar hacer, y que al rebotar (en un laburo, en un barrio, en una fiesta barrial, en una movilización social), se refugiaban moralizando o criminalizando esos terrenos (“aguantadores de vagos, mantenidos, delincuentes...”).

44

Desde esa sensibilidad reactiva y gorruda, desde esa posición de refugiado se armaron y se arman combos aleatorios que incluyen pequeños o grandes odios: pibes que van escuchando cumbia en el bondi, una bandita que la agita a la madrugada, unas pibas que van a cobrar la asignación familiar, un par de cooperativistas, una *yegua* que grita por la televisión... lo importante no son las imágenes del combo, sino la posición defensiva: *Anti-todo*.

Consenso macrista y micro-revanchismo

El revanchismo, como la alianza de fuerzas, se alimenta de dos fuentes. Por abajo, con la sensibilidad gorrera que se incubó en los nuevos barrios y que cada vez deviene más ciudad (los linchamientos en las grandes ciudades, reacciones que aparecen ante cualquier imagen de agite que circule en plena ciudad de Buenos Aires, el cinismo de los pequeños jefes emprendedores verdugueando y marcando una nueva cancha...). Todas estas escenas hablan de prácticas concretas moldeadas en los nuevos barrios, y que puestas en serie expresan la sensibilidad gorrera sobre la que surfean. Lo dicho: la gorra coronada intensifica esta sensibilidad *previa*, haciéndola aún más disponible en la cotidianidad, más a mano para cualquiera... La gorra coronada no es “el gobierno”, “el palacio”, “el estado”; es un entramado mediático, judicial, estatal, de fuerzas de seguridad, que se monta sobre la sensibilidad gorruda; la gorra coronada es entonces un palacio ampliado.

El macrismo no inventó esta gobernabilidad, pero sí la leyó como una oportunidad de hacer máquina con un modo de vivir y una subjetividad cada vez más hambrienta... Esta es la segunda entrada: desde arriba el revanchismo se amplifica y legitima el engorrarse, y ese “plus” publicitario lo hace aún más fuerte. El engorrarse, y el revanchismo de los anti-todo son profundamente políticos (como lo es la Vida Mula).

En este sentido es que la gobernabilidad macrista pareciera hablar más el lenguaje de los *nuevos barrios*, del continuo de la *vida mula* (y los rajes y escapes a este dispositivo), de las *disputas de realismos* (el realismo vecinal versus el realismo pillo), de las “nuevas conflictividades sociales”... que el lenguaje Político reconocido.

La disputa con el macrismo sólo en el plano del lenguaje Político reconocido (ciertas prácticas, demandas, banderas, modos, historia, categorías...) instala un plano de *obviedad* del que es difícil salir y que es poco productivo para dar una disputa real.

La obviedad refuerza lo evidente de un gobierno de derecha con movimientos propios de una dictadura: ajuste, despidos, endeudamiento, transferencia de ingresos a los grandes grupos económicos, criminalización de la protesta y persecución política a los militantes, avance contra las políticas de derechos humanos, etc... Pero si la “discusión” se mantiene en ese plano, lo que se arma es un escenario (“la coyuntura, la coyuntura”) que se aleja de las prácticas concretas y las posibilidades reales de disputar sensiblemente una gobernabilidad política inédita.

Por otro lado, el *realismo de la obviedad* (que arma un “consenso militante” antimacrista), recompone discursivamente un plano pre-kirchnerista de discusiones, imágenes, politicidades que corre el riesgo de quedar “histeriqueando” con ese realismo –y alimentándolo– y no meterse con el hecho que Cambiemos opera bajo otras condiciones y con otros elementos: no es solo marketing político y/o derecha pura y dura: Cambiemos se alimentó, se curtió y se recargó con todo un nivel político que no era leído como tal por gran parte de la militancia de los últimos largos años... Si el macrismo no es la continuidad del kirchnerismo, sí se incuba en los silenciados y oscurecidos (por una percepción Política ciega...) reversos de la *década ganada*. El macrismo es la expresión política del subsuelo de la patria muleada y engorrada.

De nuevo; el macrismo parece más una “clausura estatal” (y un revanchismo) no hacia –o no solo– el

kirchnerismo como máquina política, sino más bien hacia todo lo que en definitiva se le escapaba al kirchnerismo, todo lo que fugaba y que el kirchnerismo no llegaba a capturar, o que mordía a medias, o que habitaba en ocasiones... en fin, todo lo que el kirchnerismo (o “la época”) *dejaba hacer*.

La gobernabilidad macrista –más allá de intenciones o planes– anuló esos espacios de libertad donde proliferaban –incluso de modo silvestre– “nuevos derechos”, consumos irritantes para la sociedad blanca o *negra blanqueada* (“tienen tres aires y cobran los planes sociales, no laburan”), nuevas formas de vivir la calle... (no es menor el nivel de celebración y las ganas de las fuerzas de seguridad de salir a verduguear).

En esos “ahí” a los que nos referimos, en esos márgenes en donde se caldeaban las fugas, en donde se amasaban rajos imprevistos o no, pero en donde había cierta suspensión de lógicas reactivas, es donde pega con eficacia la nueva racionalidad de los Ceos. Y claro, para copar esos espacios –físicos, pero sobre todo subjetivos, anímicos, afectivos, sensibles– la *alianza innata* del macrismo es con el realismo vecinal y las fuerzas *Anti-todo* que ya estaban en guerra abierta contra esas intensidades; una guerra por normalidad pero una normalidad no exenta de agite y movilización de la vida, una normalidad en la precariedad; y una guerra que obviamente era alimentada también por arriba por el kirchnerismo, con sus lemas “paz social es igual a consumo”, con los operativos centinela y cinturón sur, con el desembarco de la gendarmería en los barrios periféricos, etcétera.

La disputa...

Ajuste, inflación y *precariedad totalitaria de fondo* (con sus diferentes estratificaciones); protocolos para reprimir protestas sociales y *nuevas economías de la violencia barrial* (gatillar fácil, nuevas violencias entre las banditas); emergencia en Seguridad y *engorramiento previo y vecinos gorrudos*; despidos y verdugueo laboral y *Vida Mula*; terror económico y *terror anímico*; estallidos sociales e *implosiones* (ánimicas, vitales, barriales, hogareñas, silenciosas); asambleas y protestas y *rajes y alianzas insólitas*; cuadros políticos y *silvestrismo en todas sus formas* (en los pibes y pibas, en los adultos piolas, en los militantes); organización y disidencia Política y *agite permanente* y *ásperas preguntas a las propias formas de vida* (esas preguntas que incomodan, que molestan, preguntas a la adultez agitada, a la comodidad organizada, a la verdadera quietud, la de los refugiados y mulos, las de los cínicos...); reuniones “políticas” a plena luz del sol y *encuentros azarosos y embriagados en lo profundo de la noche*; pensar la Política y *vivir vidas políticas*; marchar por despidos o por mantener los laburos y *movernos permanentemente para no ser mulos*; investigaciones sobre la vida de los otros e *investigaciones a la propia vida* (propia no por personal, propia por apropiación de las afecciones a las que estamos expuestos, propia por tomar la vida como índice de verdad y de experimentación... siempre antes de impugnar las vidas populares preguntarse ¿cómo vivo yo?); esperar helicópteros y disturbios en la Plaza de Mayo y *pensar de forma urgente los quilombos y las violencias silenciosas que ocurren todos los días...*

El intento de reponer el viejo antagonismo, la testadurez –que no es arbitrariedad– de reponer un lenguaje

reconocido borra los “γ”. Con la fuerza de lo inexorable, las sutilezas y las complejidades son barridas del nuevo escenario Político (y esto sucede por derecha y por izquierda). Nuevamente se refuerza el cierre por arriba, la clausura molar (por arriba no significa únicamente desde el gobierno, sino apuntando y sincronizando lo quede “molar” tiene cada vida, cada cabeza, cada pensamiento, cada acción). Cierre por arriba y desaparece todo un mundo químico, amoral, abierto, barroso, ambivalente... difícil de percibir, pero real. La derrota quizás no es solo la política de Cambiemos conquistando todo, la derrota es estar discutiendo todo el tiempo en un campo abstracto, representacional, ideológico, un campo sin grietas posibles, en donde solo queda tomar posición y disentir pero sin morder problemas reales (aunque haya que atragantarse).

La alianza silvestre

La única manera de salir de la coyuntura es *salir* de la coyuntura, moverse (*movete dejá de joder...*). Hay que activar, investigar, agitar, armar alianzas. La apuesta de siempre: la alianza con *lo silvestre* –no necesariamente con *los pibes silvestres*–, con las fuerzas silvestres (rapaces, intratables, incodificables, amorales, difusas, festivas...) que circulan inquietando –con diferentes grados de intensidad– a la sociedad mula en lo más profundo de la sensibilidad social que la parió, porque no se trata sólo de defender puestos de trabajo, niveles de consumo, espacios de libertad militantes; la lucha es por valorizar la vida de otro modo, la pregunta –más “fisiológica”, urgente, vital que ideológica o Política– es cómo armar

una serie existencial distinta a la que propone la Vida Mula (nuestro rechazo al macrismo es antes que político o ideológico *sensible*; odiamos su propuesta de Vida...). Alianza entonces con las fuerzas e intensidades que se desatan por ahí, en algún agite cualquiera y anónimo (no se puede hablar de agite sin agitarla, palabra mágica entonces; una palabra para drogar un texto y ponerle a caminar manija...) Alianza que amplifique *el ruido del agite de lo silvestre*. Alianza negra, barrosa, amoral, insólita, ambigua para contrarrestar al ejército de gorrudos que toma el país. Alianzas con lo que late –e inaugura otros posibles– en cada raje, en cada movida. Alianza para no quedarse en el molde de las pasiones tristes –el enfriamiento existencial y la falta de vitalidad no es exclusiva de los seguidores de Cambiemos–. Alianza con disputas y experimentaciones, fallidas o no, en esos espacios difusos donde se juegan las continuidades y las fugas de la Vida Mula. Alianza con lo silvestre en los pibes, pero también alianza con todos los portadores del virus. Alianza con los pequeños y grandes acontecimientos que tiran intensidades a la atmósfera (que la *derrochan* con ganas...). Alianza con lo que siempre va a volver (lo silvestre *siempre* está volviendo). Alianza para empujar todos los recipientes que están colmados y a punto de derramar.

50

Macri Gato blanco!
La gorra coronada y los anti-todo no nos gobiernan!
Arriba la vagancia!

•

Octubre de 2016
La gorra ajustada.
Vida mula, derrotas y alianzas

Macri toca *el bolsillo de la gente* pero también su alma: gorruda y mula. Y acá –vale decirlo una vez más– no hablamos de categorías morales o moralizantes para impugnar las vidas populares (nada de gorilismo ni de racismo progre), nos referimos a modos de vida, a máquinas sociales... a tonalidades afectivas de la *multitud mula*. La Vida Mula no es una impugnación moral a un modo de valorizar la vida o una categoría sociológica para bardear desde una exterioridad gorila la relación de los “sectores populares” con el trabajo (o con el consumo, con la rutina, con la vida barrial, etc.). La Vida Mula es la Realidad; sin Vida Mula no hay sociedad. La Vida Mula es un modo de las relaciones sociales contemporáneas; el roce cotidiano con las cosas, con la pantalla del celular que dispara la alarma a las cinco de la mañana, con los otros cuerpos-laburantes que se aprietan en los viajes en bondis y trenes, con los laburos de día, con los quilombos familiares de noche, con las violencias difusas de tiros en la madrugada, con el ruido insoportable de los rejunte barriales... Vida Mula es también sociabilidad laboral –y acá las imágenes van tomando cada vez más ámbitos de la ciudad blanca...–, romances, curtidas y amistades laborales, after-office y fulbito semanal, cabezas quemadas, birras y fasitos en la plaza, grupitos de whatsapp, fines de semanas de escabios y drogas y días

de semana de ibuprofenos y café, disposiciones anímicas para la obediencia y el muleo, profunda necesidad subjetiva de que en –y por– el trabajo pase gran parte del tiempo de vida y la sociabilización; el trabajo como excusa para postergar las filosas preguntas existenciales, el trabajo como excusa para olvidar el empobrecimiento vital, el trabajo como excusa para reforzar la sujeción al endeudamiento, la familia, el hogar estallado e hiperpoblado o el depto en el barrio blanco...

Las grandes pantallas exponen nuevamente los linchamientos: devenires del engorrarse en su modo oscuro y ambiguo de gestionar desbordes. “La vida mula se resiente y descarga su incertidumbre sobre un cuerpo tirado en el piso”... y claro que no es la misma la descarga de una vida que no descansa en ciertas redes materiales (garitas, patrullajes de seguridad privada), culturales (humanismo ilustrado), sociales, etc... A mayor exposición a la precariedad totalitaria más amoral, oscura y violenta es la guerra; nada de “pobres contra pobres”, como dice el slogan sensiblemente –y materialmente– exterior a la *sórdida* realidad social y barrial; hay guerra de realismos, guerra de formas de vida, disputas por la intensidad sobre fondo de precariedad. El engorramiento es ambiguo y amoral, a la vez que profundamente político. Es empobrecimiento vital (vecinos rejuntados, defensa del “consumo” y la propiedad –aguantada con el cuerpo–, pedidos desesperados de tranquilidad, etc.), y es al mismo tiempo una disputa oscura por la intensidad. Empobrecimiento vital que no es quietud ni normalización; reacciones que intensifican el continuo de la Vida Mula.

El realismo político gobernante lo sabe y se monta sobre esa movilización barrial (incluso robando imágenes de

izquierda: *la gente reacciona y se autoorganiza, se cansa y se planta, marchan para no naturalizar la situación...*). Conectar con esa “movilización”, apostar por el realismo vecinal (amplificándolo desde el Palacio, reforzándolo, encarnizándolo...) es su trabajo de base, su apuesta por hacer pie y sostenerse territorialmente (ni hablar mediáticamente). El que lincha es un tipo que retiene el terror cotidiano, y explota cuando ve que puede (hay un terror anímico previo al terror gorrudo). En estos días ese constatar *que se puede* deviene social, mayoritario y no encuentra fronteras –discursivas, retóricas, Políticas– que lo resistan –aunque más no fuese mínimamente– a nivel gubernamental (como pasaba durante el kirchnerismo). Al jugar en esos términos, el macrismo no solo instaura un umbral peligroso de gobernabilidad (el incendio se puede salir de control), sino que refuerza (sobre todo en “ausencia” de aparatos políticos, con internas con la policía, crisis y ajuste) algo de la alianza de clases que lo empujó (y sostiene) hasta aquí. Todo el poder a los mulos, a los rejuntados, a los quemados, a los engorradados, a la gente (alianza de clases: barrios populares y ciudades blancas). Si vas a ser empresario de vos mismo que sea de verdad: bancando con el cuerpo detrás cada inversión rapiñada.

Durante la *década ganada* el consumo implicó toda una gestión cotidiana de las fuerzas vitales; mística, energía, aguante, rebusque, agite, pero también engorramiento (“sostener con el cuerpo lo que se compra con las cuotas”). La situación económica actual va borrando o difuminando algunos componentes de ese encadenamiento y pone cada vez más el acento en otros; menos consumo más engorramiento. La gorra se ajusta varios talles (y calza bien con el consumo *deshinchado*, vitalmente deshinchado y

enfriado...). No hay normalización con el macrismo, ni quietamiento, como no hay normalidades pacíficas ni duraderas en la precariedad totalitaria. La exposición al afuera sin límites interrumpe cualquier orden y norma duradera, cualquier quietamiento o “desmovilización”. La tranquilidad (densa, casi siempre siniestra, de atmósfera cargada...) se juega minuto a minuto, y es mantenida bajo estado de movilización bélica (guerras sociales de no tan baja intensidad). A la *tranquilidad* –como al consumo, como dijimos durante la “década ganada” y como queda obscenamente expuesto ahora– se la aguanta fierro en mano, “cueste lo que cueste”. Los pedidos de tranquilidad (o las guerras por la tranquilidad) en la precariedad totalitaria suponen una gran movilización de energías psíquicas y físicas para mantenerse en pie; una “vida normal”, tranquila, es guerra cuerpo a cuerpo con cada día como escenario de combate.

La gobernabilidad macrista habla mejor el lenguaje de los *nuevos barrios*, del continuo de la vida mula (y los rajes y escapes a este dispositivo), de las disputas de realismos, de las “nuevas conflictividades sociales”... que el resto del arco Político reconocido. Pero que el macrismo intente “cooptar” a líderes sociales (“el carnicero” o “el doctor” son los líderes piqueteros que tenía Néstor) de los movimientos de trabajadores híperocupados y movilizados no significa que los nuevos barrios estén identificados sensiblemente con el macrismo: están luchando vitalmente por sostenerse en la precariedad totalitaria que cada vez expone más su fondo. Esta misma belicosidad social –de las fuerzas anti-todo– puede ir contra el macrismo –como fue contra el kirchnerismo y todo aquello que le pasaba cerca–, y nada de esa direccionalidad ocasional augura una vida más alegre.

A medida que el cierre por arriba se profundiza, que el enfriamiento y el ajuste toma cuerpo y se encarna, la imagen del “estallido social” sobrevuela muchas de las discusiones, de los imaginarios, de los cálculos y sobre todo de las expectativas. Pero a la imagen del estallido no podemos no sumarle la de la *implosión*. Cada cuerpo, cada casa, cada barrio implosionando en enormes y profundos micro-estallidos hacia adentro. La implosión: estallido sobre fondo de precariedad totalitaria. Cuerpos que no dan más. Hogares que colapsan. Roles fundidos (ni siquiera desfundados, sino quemados por sobreexposición, por soportar de más). El ajuste en un escenario de precariedad totalitaria, implosiona en los cuerpos-fuerzas que atreviesan el continuum, la vida mula se endurece e implosiona, como una bomba bajo tierra... con menos laburos, menos changas, menos guita, cualquier elemento fundamental para mantener a flote una vida en un terreno precario se vuelve más pesado y estalla sobre el cuerpo responsable. La obviedad macrista parece “resistir” estas explosiones e implosiones sociales, y hasta quizás las necesite para hacerse más fuerte...

Tres tristes derrotas

Tres derrotas provocaron –y ahondan cada vez más– al macrismo sobre nuestra sociedad y nuestros cuerpos. La *menos importante* es la del medio, la derrota electoral. O mejor, esa derrota no se explica sin la derrota sensible (primera y fundante) que se continúa hoy en día; porque se sigue percibiendo “la derrota en las urnas” y en la aplastante *coyuntura* Política, pero no la derrota de las

formas de vida que la incubaron. Ya hablamos de la primera derrota: existencial antes que macropolítica, derechización vital antes que ideológica (“derrota existencial o derrota vital ‘antes’ que macropolítica, o como condición para que ésta suceda: falta de inyección vital, experimentaciones frustradas, cierre de las posibilidades al interior de cada vida... eran algunas señales que aparecieron los últimos años que hablaban de un enfriamiento vital, caldo de cultivo –junto a otras dinámicas– del actual escenario político y social. Empezar a pensar –y pararse ante lo que pasa– por este lado, nos saca de un plano puramente ideológico, de ‘toma de posiciones’, de posturas que cierran bien a un nivel discursivo o imaginario, o de principios, pero que poco entran en juego con la vida, con las maneras de vivir, con el hábito, con los afectos, con las alianzas vitales que vas tejiendo, con las disputas efectivas en las que estás metido –disputas no sólo a nivel material, económico, político, de relaciones de fuerza, sino también disputas a nivel de la *intensidad*, de las ganas, de cómo valorizás tu vida”–).

Ahora sin embargo, en plena gorra coronada, con las fuerzas anti-todo deviniendo gobierno y el continuo de la Vida Mula demostrando su plasticidad, la *tercera derrota* (que es la profundización de las anteriores) nos aplasta aún más. Hablamos de la derrota de quedar inscriptos en un plano abstracto, ideológico, de representación, de *reacción* política. El régimen de obvedad macrista sustrae energías militantes y las pone a dialogar en un nivel cómodo –de padecida comodidad– en dónde cada vez hay más distancia entre lo que *pasa* por ahí y las fuerzas y deseos sociales, las disputas de las vidas concretas, las pasiones populares... Es desde ese plano discursivo desde donde se arman estrategias para “luchar” contra

los despidos, contra el ajuste, contra el vaciamiento de programas, contra... y el macrismo sigue intacto y como si nada. Quizás porque se disputa siempre un solo elemento del continuo en el que se insertan las vidas, manteniéndose intactos todos los demás. “Saltamos” por alguno de esos elementos violentados (por ejemplo, el trabajo) pero conservamos instintivamente los otros elementos, inmóviles...

Dijimos que las fuerzas anti-todo y revanchistas no apuntaban al kirchnerismo en tanto fuerza política sino que –sobre todo– la gran revancha es contra los mantenidos, contra la vagancia, contra cualquier sensibilidad social suelta por ahí que intentó valorizar su vida de modo distinto al de la *multitud mula*. Si se va contra el kirchnerismo es menos contra sus figuras o su programa de gobierno y más contra lo que dejaba hacer (habilitando las condiciones sociales para que suceda, o no actuando para bloquearlas). El revanchismo es contra lo silvestre. Por eso se alimenta de las *disputas por el realismo* que nacieron en los diferentes barrios y ciudades: realismo vecinal vs. realismo de lo silvestre (el realismo pillo, el realismo de lo que *raja*). En este escenario, olvidar al kirchnerismo sin más es un gesto peligroso y es una trampa: porque es borrar también la memoria de vidas concretas en situaciones de agite público (una movilización, pero sobre todo una fiesta, una gira, un caos público, un dinero que se cambia de signo, un rechazo al trabajo, un espacio laboral menos organizado por el verdugueo de los jefes y patronos, un agite suelto, un deambular de otra manera por la ciudad... no mucho –y sin embargo tanto– más). Borrar al K es ignorar *lo silvestre* que atravesó a muchos pibes y pibas (las generaciones curtidas en los años de la “década ganada”, quizás

quienes mejor comprendieron sus dinámicas sociales), es cagarse en fuerzas vitales que atravesaron consumo, laburos, barrios, políticas, calle; es evitar un plano de afectos y agite vital que siempre evitó –e impugnó, involuntariamente quizás– la derechización existencial. Y es un gesto de *arrugue* también con las propias fuerzas y con las propias derrotas...

La crítica sin carne que se escucha hacia el K, puede llevarse puesto también modos de vida populares no-mulos, sensibilidades que se expandieron durante esos mismos años y que son lo único concreto que puede resistir *realmente* al macrismo (realmente: en el plano sensible, en el cuerpo, en la forma de vida, en la calle, en la noche, en el bolsillo, en la feria; realmente: disidencia existencial, no habla o ideología crítica o expresiones de deseo).

¿Cómo se componen los cuerpos después de experimentaciones frustradas, qué pasa con las derrotas vitales (o cuando lo que queda es el refugio en las propias vidas)? Renegar de la última década, dejar que se la lleve puesta una lectura exterior, molar, aplanadora, es por un lado esquivar la primera derrota, la más importante, la que nos toca en las formas de vida que se armaron y sedimentaron en los últimos años... y al mismo tiempo es desconocer el subsuelo de la precariedad totalitaria y como ésta es esencial a los nuevos barrios. Tanto para sus dinámicas oscuras (aquellas con las que dialoga el macrismo) como para sus rajos y politicidades.

¿Qué barrios, qué experiencias, qué cuerpos son los que finalmente se convocan “pasando por arriba” esas derrotas, esas mutaciones, esas experimentaciones? Seguramente unos más abstractos, menos potentes, menos reales (también menos ambiguos, menos “sucios”); quizás con roles más cómodos que interpretar (o “militar”),

pero también menos reales... Más allá de lo bancable de ciertas –y necesarias– escenas militantes (movilizaciones, campañas contra la violencia institucional, denuncias, actos) es fundamental “inquietarlas” cuando se arman desde “arriba”, desde cierta exterioridad sensible, cuando muerden poco en el barrio, cuando parecen desconocer las pequeñas y grandes derrotas, las mutaciones de los nuevos barrios, el engorramiento extendido, el terror anímico de fondo, las condiciones materiales y afectivas de existencia de la multitud mula, los modos en que los pibes valorizan sus vidas... Una militancia potente es la que, más allá de “lo programático”, busca alianzas insólitas que trascienden las fronteras externas e internas de los nuevos barrios; una militancia que piense los problemas “picantes” y los rajes sucios, los modos en que se politiza (se valoriza) una vida y una muerte... una militancia que soporte lo ambiguo y amoral de las fuerzas que atraviesan las vidas *concretas*... (que no son heroicas ni santas).

Cuando el poskirchnerismo deviene prekirchnerismo se cierra un círculo Político que, sacándose de *encima* –del cuerpo– una larga, compleja y pesada *década*, hace aún más insondable las líneas de fuga al macrismo gobernante; las mismas que se incubaron en disputas cuerpo a cuerpo con la sensibilidad que lo parió. Más que *criticar* –lúcida o moralmente– la *década* ganada o de festejarla desde sus imágenes Políticas (desde su representación), se trata más bien de investigar –para aumentar, para agitar, para continuar, para que no se corten...– los agites que se conquistaron –que se soltaron– en todos esos años y que aún siguen sueltos por ahí. Olvidando al kirchnerismo se borran hábitos *distintos* a los oficiales (porque ya eran *distintos* a la oficialidad

kirchnerista; la misma que descubre recién ahora la tortura en las cárceles, la violencia institucional, el verdugueo de las fuerzas de seguridad... un despertar tardío y torpe que sigue ignorando la politización singular de lo silvestre, la potencia de lo que raja, la resistencia que es siempre y en primer lugar *insistencia*: de las propias formas de vida, de los berretines que mueven un cuerpo, de las alegrías conquistadas).

Ahora que la sensibilidad gorruda, el realismo vecinal, la multitud mula devino gobierno, la sensibilidad silvestre y los agites intensos no pueden ser olvido. Si esto sucede “las luchas políticas” estarán castradas de cualquier tipo de materialidad sensible, afectiva, libidinal; serán pura parla sin cuerpo. Crítica sin sujeto. Si los rajes y los agites no se piensan desde los mismos barrios y vidas concretas que los parieron, lo que queda es idealismo Político y tozudez (en estos meses asistimos a una “segunda vuelta de la política”, igual de molar que la primera, igual de sedienta en detener todas esas fuerzas y deseos en moldes, programas y posturas políticas descarnadas, igual de impotente...) y el riesgo de seguir alimentando el régimen de obviedad macrista que, a diferencia de la “obviedad militante” –que muere muy poco en las sensibilidades sociales– se expande cada vez más por ciudades y barrios, porque se nutre del realismo vecinal *popular*.

Pero si en los nuevos barrios –ahí donde hoy surfea la gobernabilidad macrista– se expandía la gimnasia sensible del engorramiento (que es *vitalismo oscuro*: linchamientos, vecinos enfierrados y empoderados, gendarmes, policías y prefectos con el verdugueo recargado, cachivaches gatillando y *rastreros* bardeando, pitufos molestando, etc.) y se endurecía la Vida Mula, *también*

–reverso o anverso, según por dónde se le entre o según a qué plano se le de prioridad– se preparaban y experimentaban rajos, agites, gestos pillos y movidas lúcidas que de hecho (y desde su ambigüedad) cortaban esos dispositivos o los vaciaban a nivel sensible...

¿Se puede luchar realmente contra el macrismo si no hay una repulsión profunda a las sensibilidades que lo incubaron y que lo alimentan? Quizás tengamos que dejar por un tiempo de “ver” lo que el macrismo hace y nos hace y ponernos a investigar cómo se hace en nosotros, cómo se elabora sensiblemente en nuestras vidas, en qué momentos lo interrumpimos, qué rajos son los que *insisten*, que nuevas percepciones sociales se tienen que habilitar, con quiénes nos aliamos para hacerlo *saltar* (antes de nuestras vidas que del Palacio...).

Macri Gato blanco!
Las fuerzas anti-todo no nos gobiernan!
Arriba la vagancia!

•

Vida mula re-sentida

Que la vida mula no requiere necesariamente del trabajo y el consumo para lubricarse queda demostrado en la sociedad ajustada: re-sentida parece vigorizarse aún más. Se intensifica la movilización de la vida y la belicosidad de la cotidianidad, se vuelve más espeso y violento lo social, los desbordes interiores hacen implosionar cuerpos y rejuntos: se labura más o se sufre más por tener menos laburo o por estar desocupado (y tener que volver a encontrarse en pleno mediodía y cara a cara con “los mantenidos” y los vagos de siempre, con los pibes que dan vueltas por ahí, con las calles que están más picantes... estar desocupado es compartir el barrio-de-día con las vidas profundamente odiadas en cada salida y en cada regreso al barrio luego de una infernal jornada de rebusques. Ahí ya no hay alianza posible). Pero lejos de entrar en “recesión” la vida mula en condiciones de crisis y ajuste parece prosperar y volverse más fuerte: incluso se muestra más transparente el siniestro continuo que mantenía a una vida enganchada y movilizadora (lo dijimos en varias oportunidades: la vida mula es un modo de *integración social* contemporáneo, no es una descripción o una categoría sociológica). Si durante la década ganada el gesto de engorramiento intentaba controlar la temida diáspora de los elementos

que conforman la vida mula (rejuntos familiares y barriales, anocheceres cansados de días muleados, viajes precarios y hacinados, consumos y deudas, la inyección de dinero para la joda, las infinitas microgestiones para mantener el stock anímico necesario para levantarse al otro día...), también mostraba a una vida mula más abierta y con mayores posibilidades sociales de ser interrumpida por *rajes* y cortes.

Pero hoy la vida mula, más ajustada, deviene resentida: las fuerzas anti todo que tomaron el país (y que cotidianamente dan muestras de su micro-revanchismo) la alimentan para reemplazar la falta de guita, de laburo y de capacidad de consumo: en vez de dinero te doy un *salario anímico* para que puedas engorrarte mejor y devenir un tirano: de tu pareja, tu familia, tus vecinos o cualquiera que ande suelto por ahí y que irrite a las sensibilidades mulas. Una especie de empoderamiento oscuro: más que emprendedor se deviene verdugo y lo que anteriormente eran cortes o rajes al continuo de la vida mula –mucho más abiertos y porosos a la experimentación–, hoy en día son reemplazadas por válvulas de escape más oscuras, sórdidas y violentas: si no hay dinero para el consumo o para la joda al menos que socialmente se habilite una descarga revanchista. Por eso la vida mula es un dispositivo sensible a los ánimos y a las fuerzas y deseos sociales, es una especie de acordeón que se dilata o se contrae influenciada por la música ambiente: una sociedad que se ajusta es una vida mula que se repliega y se condensa, en la que se intensifican las gestiones del día a día, en la que hay menos espacios para agrietarla y para agitarla y armar mundos con otros.

Fuerzas vivas

Las fuerzas anti-todo son hoy las verdaderas fuerzas vivas de nuestra sociedad. Lo vimos en las corrientes de odio hacia Santiago Maldonado y hacia las movidas públicas exigiendo su aparición con vida, pero este revanchismo social obscuro sería impensable sin las fuerzas anti-todo que se vinieron incubando hace años en el sótano de nuestra sociedad. Permanentemente el macrismo convoca a estas fuerzas a movilizarse: en cada barrio contra los “mantenidos”, contra las pibas que desafían mandatos sociales y culturales, contra los pibes que están ATR o hasta incluso contra grupitos de estudiantes festejándose de manera inofensiva en alguna plaza: un ejército de gorrudos –que vienen alistándose desde hace muchos años– copa la ciudad y las sensibilidades sociales: en los laburos se intensifica el verdugueo laboral cuyo rostro humano es un jefe anti, la policía se desata (hasta “los pitufos” –de la policía local– se han vuelto gruñones y agresivos), las escuelas devienen cada vez más territorios feroces de disputas contra cualquier gesto que no se encuadre, los vecinos gorrudos libran cruzadas alocadas y desmesuradas contra cada amague de fiesta barrial. En cada desborde –por mínimo que sea– hay una oportunidad para el engorramiento y el revanchismo.

Todas estas fuerzas funcionan dentro del macrismo –ese es el verdadero objetivo del macrismo: el gobierno de las almas gorrudas– que las interpela y las moviliza cotidianamente en sus combates “políticos”; contra las pibas que la agitan y copan una plaza o una ciudad, contra la “militancia”, contra los sindicatos, contra los maestros, contra los pibes en los barrios... pero sobre

todo contra cualquier agite silvestre suelto por la ciudad: si la maquinaria anti y feroz del macrismo nos asusta en su obscuro despliegue mediático y público siempre hay que reponer en cada reflexión el efecto que tiene por *abajo* –en donde cae lo más concentrado de sus políticas anti–.

El macrismo surfea, conduce, gobierna y detiene estas fuerzas. Las detiene o las retiene para demorarlas y engordarlas en el Palacio y luego sacarlas nuevamente a circulación de manera más cargada. Puestas en serie – hechas discurso e imagen– se vuelven enunciados políticos (“lo privado contra lo público”, “la lucha contra las mafias”, “los vagos”, “el populismo”, etc.). Pero antes de gobernarlas y engordarlas el macrismo las lee, las investiga, las registra: un modo de gobierno en profunda comunidad con los cazadores de tendencias y los *influencers* de las fuerzas más oscuras de nuestra sociedad.

El macrismo es una alianza de clase que funde fuerzas anti de origen popular con las eternas fuerzas anti tradicionales del país –de las clases propietarias y empresariales–. Ese encuentro recarga el “boomerang” (revanchismo), lo extiende y masifica a la vez que lo vuelve más capilar.

66

Así como con la precariedad, hay que hacer cortes verticales (urbanos, de clase, etc.), porque no todos están expuestos del mismo modo a esas fuerzas anti; la distinción de clase radica en la cantidad de redes con que se cuenta para habitar la precariedad y el cuerpo a cuerpo con estas fuerzas. No son lo mismo las fuerzas anti que emergen o proliferan en una villa, que aquellas que circulan por la clase media. Lo cierto es que la liturgia gorrera y las fuerzas anti todo se recrudecen por varios frentes, y el paisaje vital y urbano es tomado

casi por entero (laburos, trenes, esquinas, negocios, calles son escenarios de las micro-guerras desatadas por los anti-todo).¹

Nuevos barrios ajustados

“¿Qué pasa hoy en los barrios?”. Hay momentos de sórdida tranquilidad, hecha de algo de guita (guita sin mística) y (mucho) liturgia gorrera que mantiene la tensa calma. Pero también hay mucho de picantez; una tensión ambiente, un clima espeso. Ajuste mediante (ajuste del bolsillo y del alma gorruda y mula), está todo más en carne viva, con más roces. Todo más a flor de piel. Situaciones picantes que irritan –y hacen resbalar– los posicionamientos políticos, los aprioris ideológicos, las poses que se quieren acomodar a duras penas sobre ellas; es difícil largar rápidos enunciados que inmediatamente el clima barrial seca y deja inutilizables (ni hablar eslogans o consignas “políticas” fáciles). Pensar a los nuevos barrios hoy es demorarse en sus dinámicas más oscuras. Es obligarse a pensar las situaciones de violencia (un crimen, un “hecho de inseguridad”, un quilombo barrial) sin recortarlas del continuo de la vida barrial (hogares que son ollas a presión, economías domésticas que revientan), tampoco de las pasiones y afectos que desatan, las huellas que dejan en el pulso anímico del barrio. Evitar mancarse en el morbo mediático, en el gorrudismo vecinal, en el oportunismo policial y de la gestión municipal... pero tampoco en los enunciados progres tranquilizadores y buenistas, o en imágenes demasiado cerradas de esas formas de ser de lo vecinal o lo barrial.

Pensar los barrios hoy (tan híper movilizados como extenuados) es dejarse atravesar por el realismo sórdido que cae con un fuerte peso físico sobre cada una de las vidas (todo se tensa e implosiona sobre los cuerpiitos) y es ver desde ahí también qué es lo que disputa esa cerrazón, qué es lo que politiza esa pesada materialidad.

¿Cómo implosiona en cada barrio, en cada casa, en cada cuerpo la vida mula resentida?

¿Qué pasa con las fuerzas de lo silvestre (aquellas fuerzas que agrietan el consenso, que disputan su sentido, sus imágenes y sus modales) en un contexto de intemperie, de ajuste y enfriamiento vital? ¿Qué pasa con la disputa de realismos hoy (aquellas tensiones entre el consenso vecinal y aquello que lo desbordaba)? También la pregunta por las experiencias barriales que quedaron aisladas y flotando en medio de las disputas actuales, luchando por sobrevivir, mantenerse a flote (sea un comedor, un taller, un espacio, un grupo, un laburo piola, lo que sea...). Las experiencias piolas no son sólo las experiencias colectivas que surfean los barrios (experimentaciones educativas, espacios de encuentro, juntas que atravesaban las ciudades transversalmente): también son los gestos *suelos* de los pibes y pibas, que a veces eran muchos, “hacían mundo”, armaban alianzas; y que ahora, suelos, quedan mas *regalados*... Experimentaciones piolas frustradas: achicamiento del mundo vía vida mula resentida; producción de un consenso entre la gobernabilidad macrista y cierta (mucho) militancia, consenso que delimita el espacio donde circulan los recursos, las energías, las discusiones, dejando afuera todo lo demás (hasta parece agotado el entonces ya pifiado “adentro y afuera barrial” como axioma con el que funcionó gran parte de la militancia durante

el kirchnerismo). Muchos de los idas y vueltas entre los propios barrios o entre los barrios y la ciudad se interrumpieron, idas y vueltas de recursos, guita, experiencias militantes, laburos, etc.

Cuando decimos disputa de realismos –o disputas por la intensidad– no se trata de describir, comprender o politizar lógicas que quedan en un barrio, sino que el diálogo es siempre con el resto de la ciudad y con lo institucional, con la política, con los lenguajes políticos, con la “militancia”; los nuevos barrios son totales (como lo es la precariedad). Muchas veces, este ida y vuelta entre barrio y ciudad no se percibe y todo pareciera reducirse a operar con el desborde –o el boomerang– en algún tramo de su vuelta: cuando “sale” del barrio y salpica o inunda la ciudad y las pantallas; o cuando en el mismo barrio aparece como un desborde difuso e incomprensible (violencia irracional, barbarie por la ausencia de “acuerdos de convivencia”, etc.).

PD. El macrismo y sus soledades (Las derrotas que importan)

Hay que pensar al macrismo y sus “soledades”. Al macrismo como productor de un *interiorismo* (que ya viene estallado), producto de barrer de lo público y del ambiente un montón de movidas, de armados, de cosas en las cuales engancharse. La época se cierra y todo empuja para adentro (adentro de las casas, de los rejunes, de los laburos que hay que sostener porque flaquean, también de los sitios y poses ya armadas desde donde ver el mundo, las estabilizaciones “con menos” pero

más tranquilas, más indoloras, más resignadas...).²

A lo que apunta y destruye el macrismo, en este escenario, es a los vaguitos y vaguitas, a los inquietos, a los que no tienen ese adentro en donde recostarse, o a los que no se quieren mover de esa calle ampliada que fue la década ganada en muchos aspectos (consumo, el “dejar hacer” de la gobernabilidad kirchnerista, más o menos guita y tiempo, etc.). Los que quedan yirando en ese afuera (porque no cuajan en esos interiores o porque no son bienrecibidos allí o porque simplemente no tienen donde caerse muertos) están más solos y más marginados.

Aparecen problemas muy cercanos y concretos con los cuales armar agendas de laburo hoy: qué pasa con las fuerzas anti de hombres que no se bancan las intensidades de las pibas, qué pasa con la indiferencia de muchos pibes y pibas ante estos casos, por qué se “baja” sola y solo, por qué se muere en soledad, qué pasa con la amistad –también desfondada en muchos casos, incapaz de armar red, de armar un nosotros potente con logística de amigas y amigos pillos atentos, redes de autocuidado, de planes para habitar la noche, la fiesta, la ciudad...-. Qué pasa con ese nosotros de las pibas y pibes que mueren y que son matados, qué pasa con los vueltos de las disputas por la intensidad... Qué pasa con los que rajan solos, los que dan vueltas por los barrios hace años, y apostaron al día a día y al cuerpo a cuerpo; cómo se vive una exposición a un barrio más picante y con una gorra coronada y habilitada.

Hay un peligro que corren las vidas silvestres (las vidas que hospedan lo silvestre, que son sensibles a esos murmullos anónimos y lejanos, que se montan a ellos y después quedan agarrados como de la cola de un barrilete...). ¿Se puede pensar en este plano la desaparición

de Santiago Maldonado, como una forma de terror pedagógico a estas vidas que se mueven por los barrios, las que arman alianzas sensibles con las fuerzas silvestres? ¿Cómo interviene el poder generando terror –y pedagogía política– para estos rajes que hoy están más expuestos (por el propio coronamiento que hace el gobierno de la gorra, por las soledades, por el desarme de muchos comunes desde los cuales moverse)?

Así como la de *nuevo barrio*, las nociones de *vida mula*, *engorramiento*, etc., fueron enunciables –políticamente, éticamente, prácticamente– desde una disputa de realismos y en alianza con un raje concreto (el de los pibes silvestres). Si no es en raje, si no es con lo silvestre como fuerza aliada, o desde disputas concretas, toda cartografía puede moralizarse, congelarse demasiado, y quedar hecha como desde la óptica del poder o de la obiedad. El desafío es siempre conquistar un punto de vista, perceptivo, colectivo, político... y tiene que ser en raje.

¿Cómo caminar hoy los “nuevos” nuevos barrios? ¿Desde qué alianzas, con qué política perceptiva? ¿Cómo inventar nuevas trincheras, espacios de aguante, cómo conquistar nuevas *zonas neutrales*, donde se suspenden los roles y se da el armisticio (de la cotidianidad mula)? Preguntas urgentes en un escenario donde los comunes se agujerean, donde todo se tensiona.

Las derrotas que importan son las que se llevan puestas las experimentaciones piolas, aquellas más amorales que disputan intensidades y modos de estar en el mundo, armados –más o menos precarios– que supimos sostener (a puro ritmo y prepotencia de trabajo); derrotas silenciosas que requieren de una percepción

más subterránea, menos “coyunturalista”, menos obvia. El ajuste económico –que implica una cotidianidad más densa, con la multiplicación de las gestiones diarias que implosionan en las vidas– va en tándem con un achicamiento y ajuste del mundo, borroso y ambiguo, en donde tienen lugar las alianzas, las experimentaciones, las trincheras desde donde combatir cuerpo a cuerpo con el micro-gatismo, con las fuerzas anti-todo, con las sensibilidades gorrudas y mulas que toman la ciudad...

Hay mucho en juego en este escenario de ajuste vital, económico y anímico. Las cuestiones logísticas se vuelven fundamentales: cómo hacer aguantar los rajes y los berretines que nos mueven, cómo habitar el tiempo, cómo hacer para no ser morfadados por el laburo, cómo mantener los armados propios. Pero también las preguntas políticas por las alianzas insólitas, por los terrenos de disputa, por cómo plantarse ante los bajones, por los movimientos reales en los que dejamos las ganas, el tiempo y el dinero; las preguntas por las *insistencias*.

Este tipo de derrotas, además de llevarse puestas experiencias y modos de vida concretos, trastocan las condiciones que te permiten mantener vivas las cartografías, esos mapeos y desplazamientos que son los que en definitiva le disputan al poder sus diagramas cerrados, sus modos de leer la realidad que te deja siempre en estado de perplejidad e impotencia.

Cuando hablábamos de nuevos barrios, nunca los pensamos como territorios que se encuentran al asomarse a las puertas de las casas o al salir a caminar las calles; se trataba de mapas que se conquistaron por estar en el barrio pero desplazándonos de ciertos roles, con alianzas insólitas que fabricaban un nosotros perceptivo desde

donde distinguir planos y fuerzas, modos de vida, destinos y rajes. Nuevos barrios como conquista (perceptiva, sensible, política), no como un realismo o un territorio al cual se llega, sino como construcción y apuesta política. Ni territorios ni sujetos fijos (nunca se trató de describir territorios, o relevar sujetos o gestos –o revelarlos– mediante la escritura, la crónica o el panfleto); una lectura del estado de fuerzas, de cierta materialidad te requiere moviéndote, conquistando y copando espacios... Y eso es imposible en contextos de ajuste vital, económico y político, porque un escenario ajustado es un escenario de soledad y de quietud.

Son las posibilidades de armar estas cartografías las que se comienzan a clausurar, las que se vuelven más jodidas: cuestan más los encuentros, los laburos te empiezan a comer más tiempo y cabeza, la vida mula se re-siente. Y un cuerpo –cuerpo individual o cuerpo colectivo– más impotente para esos movimientos queda regalado para lo obvio. Una época que se cierra en lo obvio muerde ahí, muerde esos cierres y esos confinamientos a la soledad y a los detenimientos. Una cartografía siempre requiere desplazamientos, alianzas insólitas, estar atentos a lo que sucede, pero también a las tensiones de los espacios colectivos y de las propias vidas...

Notas

1. En Argentina las fuerzas *anti* tienen una historia densa y sangrienta. Las élites tradicionales han desatado de manera recurrente carnavales negros de odio y muerte: saben cómo odiar; tuvieron siempre las “técnicas” para administrar esas pasiones y usarlas de combustible para alimentar –y aceitar– las máquinas letales ante cada sacudón o agite social, cultural, político –de mayor o menor magnitud– que se desatara alocado en el aire... Pero en esas situaciones históricas también había una disputa libidinal y afectiva por la apropiación de esos odios sociales. Hoy, en plena efervescencia de *gorrudismo estatal* verificamos también que el odio social está enteramente rechazado, y que frente a esa fuerza vital oscura y ávida de sangre –y de “empoderamiento”– lo que queda es o bien una violencia y un odio que estalla “hacia adentro y entre pares” (las crueles implosiones en los interiores estallados, en los hogares y los barrios y las noches) o bien un pasteurizado llamado al amor político (plazas del amor, abrazos, chantajes sensibles de “no pudrirla porque sino....”).

Y mientras las fuerzas anti de las “clases altas” argentas encuentran otra oportunidad minoritaria para actualizarse (de los “cabecitas”, los “peronchos”, los “negros del conurbano”, los “zurdos”, los “faloperos” y las “putas” a los “k” y las feministas y todos los estigmas recargados, etc.), las mayoritarias fuerzas sociales anti-todo se rechazan en un plano afectivo y sensible (no necesariamente “ideológico”). Afectivo, sensible

y material... porque se ligan a las gestiones cotidianas del que más padece materialmente la vida mula, del que más expuesto está a sus sujeciones más agobiantes y feas (y el que compite sus fijaciones de odio diariamente en un viaje en tren, en el kiosko o la esquina del barrio, en la mañanera parada del bondi...).

Si el macrismo gobernante muestra el “éxito social” de encontrar los puntos en que se rozan lo micro y lo macro (el micro rechazo a los “mantenidos”, “los vagos”, “las trolitas”, etc. y el revanchismo engordado desde los fierros estatales) también ofrece a las élites la posibilidad –inérita en “democracia”– de aliar y sincronizar los odios históricos de la derecha ideológica y los odios recientes de la derechización existencial y afectiva propia de la exposición cruda a la precariedad totalitaria. Habrá que investigar esa institucionalización reciente, un revanchismo obsceno de funcionarios chetos y blancos –y de todos los blancos del país; desde un jefe o una jefa ortiva hasta un pequeño empresario fundido pero re-sentido– que quizás sintió un desafío simbólico en los atrevimientos sueltos y desatados en los años de década ganada (años en que se “bancaron” lo villero bailado y agitado –eso *villero* imposible de estetizar–, los piqueteros o los pibes y pibas “en la casa rosada”, la exequias públicas a Néstor Kirchner, una banda de rock o de cumbia tocando en un acto “patrio”, lo plebeyo con plata, wachiturros con *Lacoste*, turras riéndose y moviendo el *smartphone* con carga, motitos inundando las ciudades, dos aires por casa, un plasma por habitación, pibitos y

pibitas escabiando vinos chetos, rochos y transas copando boliches en Puerto Madero o fiestas electrónicas, plata en los bolsillos y la exposición pública de esa Argentina que siempre negaron... –incluso hasta lo “cheto” se puso en discusión: ¡Estás re cheto, amigo!–).

2. El continuo de la vida mula también implica la creación de mundos que pueden ser burbujas de tranquilidad y comodidad: pero en la precariedad nada se detiene nunca; la tranquilidad surfea sobre el terror anímico y sus permanentes alertas de bomba, y la comodidad puede ser también sufriente y venenosa. Pero lejos de huir de esos espacios, se los trata de mantener al costo subjetivo que sea –vía afectos tristes y “mal menor”– porque por debajo está la precariedad totalitaria (la batalla es siempre contra la precariedad totalitaria...) y un rejunte cualquiera es siempre un sostén y una conjura fallida de lo que no se puede tolerar.

De nuevo: no se trata de un rechazo cultural o ideológico a esos mundos-refugios, a los rejuntos. La precariedad totalitaria te mal hospeda o te hace estallar en mil pedazos; siempre operando desde adentro hacia afuera; desde el interior de un cuerpo, de una subjetividad, de un rejunte, de un barrio volcando hacia un afuera cualquiera. Por eso la fórmula “moderna” de politizarse en la vida pública –devenir militante en las calles, las plazas, las barricadas y las grandes movilizaciones– se muestra insuficiente si no lo hace arrancando(se) desde ese interior que hay que localizar –más en una nueva cartografía política que en una topografía...– hacia

un afuera que también hay que imaginar como tal: público pero recargado –por continuidad de la implosión interior, por agites que derraman allí pero se incubaron en otro insondable lugar–. La derechización triunfa cuando lo que te queda es leer la precariedad únicamente tomado por el fondo de terror anímico que muestra –y que sin embargo pocos o casi nadie se quieren animar a tantear– cálculos mezquinos, cuidados del propio culito y el propio mundito, hábitos y afectos tristes materialmente fabricados en la exposición habitual a esos riesgos: la derechización es sensible y afectiva porque *antes* incluso de cualquier gesto ideológico o “político” ya tenés *adentro* el registro securitista y ordenancista de la vida social.

•

Apuntes

El cielo de los piolas*

(Notas de una investigación en curso)

“Las yantas en el suelo, las manos para el cielo”
(Sören Kierkerichard)

Qué pasa o qué no pasa en los barrios actuales no es cuestión de suerte. Qué secuencias se habilitan y cuáles no, siempre responde a una disputa por cómo lidiar con las intensidades. Hay disputas –más o menos ruidosas– por las formas en que se quiere vivir y morir, hay precariedad existencial y material ahí nomás, hay terror anímico adentro de las subjetividades, hay búsqueda de tranquilidad. Por eso todo no pasa. Hay bajones después de la locura. Hay gestos gorreros para que nada se mueva (aunque esa fijación requiera que circule la muerte). ¿Qué pasa si activamos una percepción química, una mirada subterránea de las energías que movilizan cuerpos, economías, fuerzas y estrategias de vida? Allí, bajo esa línea de flotación es que laten las intensidades. Que son eso más acá y más allá de lo que entendemos por fuerzas, movimiento, cuerpos organizados –o en disputa–, vecinos y pibes como protagonistas, quilombos barriales, violencia “sin sentido” y codificaciones morales. ¿Es posible leer –o mapear, o entender, o palpar...– la intensidad de los nuevos barrios?

Los pibes despliegan cotidianamente una investigación involuntaria sobre las intensidades que vienen

* Una versión de este texto ha sido publicada en la compilación *Hacer bardo*, Malisia, La Plata, 2016.

plegadas en los modos de vida actuales. Una hipótesis política arbitraria (que solo amerita verificaciones sensibles); los pibes tienen –a veces, casi siempre quizás, a pesar de ellos mismos, de sus vidas personales, de sus biografías...– otra visión sobre la muerte porque antes tienen otro saber sobre la vida. A mí no me importa morir, porque me importa primordialmente vivir. Un radical grito de que hay vida más acá de la muerte; un grito que no es todo el grito, pero que resuena en aquellos que intentan desplegar una escucha sensible para esos –cada vez más audibles– murmullos del agite de lo silvestre tomando la ciudad.

Una intensidad no es nada muy filosófico ni abstracto, una intensidad es algo que escapa fuera de la normalidad, algo que agujerea la Realidad (Vida mula) o mejor, algo que se le escapa a ese continuo; se desquicia y se evade por pura aceleración de sus partículas más intensificables. Entonces pintó la locura y fue. Todo deviene puro ritmo. Hay imágenes sobre la vida intensa, pero esas imágenes no son la intensidad, no la pueden fijar; la intensidad es subterránea, es inaprensible e incodificable, la intensidad va por debajo de los códigos sociales reconocidos, la intensidad no puede ser demostrada; no sabemos cómo explicarla porque sentirla es mejor. Hay intensidad en una gira de varias noches (las intensidades están trabadas en el día), en una embriaguez de escabios duros y pastillas, en el baile donde las pibas mueven el culito, la guita vuela y las cumbias hacen máquina con el agite corporal, en la adrenalina y el vértigo de una recorrida nocturna en moto, en la violencia y el exceso, en los ánimos festivos, en la muerte hay intensidad, pero las intensidades pasan todas las escenas y los cortes;

una intensidad es siempre lo que se suelta de un cuerpo rígido, paranoico, preparado para la vida mula; pero la intensidad siempre continúa y deja a los cuerpos atrás; pueden ser balas disparadas a la nada, o explosiones que no detonan materia alguna, todo depende de qué haga cada quien con la intensidad que lo atravesó o se pudo crear o pudo conquistar; pero las intensidades siguen y chocan contra mandatos sociales, contra instituciones, contra cuerpos, si tienen la fuerza suficiente se los llevan puestos, sino rebotan y pueden implosionar en la vida que la porta o la monta. Las intensidades siguen y no son necesariamente positivas o “buenas”; las alegrías son intensas, pero también el dolor... las intensidades pueden ser pensadas como una insoportable carcajada para la vida mula, una carcajada que la burla y la ridiculiza; las intensidades pueden ser pensadas como micro-carnavales. Cada vez que una intensidad pasa trae la promesa (que siempre se escucha como un susurro peligroso en los oídos de las vidas normalizadas) de un posible para agitar. Pero una intensidad pasa o no pasa y punto. La disputa por la intensidad es para hacer que pasen y que puedan funcionar para desarmar el continuo que arma la Vida Mula.

•

En cómo una sociedad –un barrio, una banda de pibes o de vecinos, una “institución”– lidia con la intensidad se juega gran parte de la dimensión política de la época. En un sentido muy amplio, allí entra en juego lo anímico, lo logístico, los modos de valorar de manera inmanente las vidas. Situarse en ese terreno te enfrenta al hecho de que hay realismos disputándose los modos en que circulan

o no esas intensidades por el barrio; los realismos leen y organizan lo que pasa o no en el barrio e inauguran una tensión en torno a desde dónde se ve y se vive la realidad, y sobre todo, cómo y desde qué lugar se la valora, se la mide, se la intenta modificar.

De esa tensión y de ese cruce surgen valoraciones, imágenes de la vida y de la muerte, modos de vivir y de morir, fronteras y codificaciones y modos de politización que son resultados de esos combates previos por las intensidades. En esa disputa se montan dos realismos y las estrategias de cómo lidiar (soltar, o bien frenar) las intensidades... Podés leer esas intensidades como exceso y desborde, y ahí aparece el engorrarse (que en el fondo quizás sabe y lee cómo ese exceso le mete preguntas a la vida mula). Aquí funciona el realismo vecinal anclado en la cotidianidad más profunda, en lo evidente que se justifica por una realidad implacable que intenta mantener el orden “propietario” que supimos conseguir (y que es siempre desbordado o amenazado de desborde, por eso el gesto del engorre siempre tan a mano, siempre tan entrenado...).

Por otro lado aparece ese exceso que tiene su propio realismo (pillo), que disputa por la intensidad fundándose sobre todo en los movimientos de rajes de los pibes, que también son reales y fundan perspectivas. Pero este realismo pillito no incluye sólo los rajes, o no se queda sólo allí. El exceso de intensidad también reconoce el dolor, la muerte y el bajón (otros rajes)... por eso incluyen secuencias de gatillar fácil, suicidios, la muerte como fija o el vuelto (secuencias e imágenes que abrimos en el libro *Quién lleva la gorra*).

¡Escuchen, escuchen! llegan malas nuevas de los barrios para la ciudad toda; las guerras políticas de la actualidad se juegan en escenarios de realismo sucio, complejos, difusos, químicos... estos son los terrenos de la verdadera batalla política contemporánea.

El engorrarse vecinalista también es una disputa por la intensidad. No me importa matar, grita una voz anónima en medio de un linchamiento nocturno: carnaval negro de sangre, violencia y muerte. Vecinos enfierrados, bandas custodiando el barrio... y las vidas que se clausuran en un puro acto. En estas guerras por la intensidad se producen los límites y las fronteras. Fronteras fácticas: márgenes de acción y de movimiento, segmentaciones urbanas y barriales pero también otras: qué se va a permitir en términos de intensidad, en qué niveles se la va a tolerar, cómo modularla, qué pasa con los estados de ánimo... ahí, en esos intersticios, en ese tiempo de furia comunitaria, en ese hartazgo, se define y redefine cada vez lo que un barrio o una ciudad entiende por tranquilidad.

El engorrarse pensado como disputa por la intensidad (el linchamiento es el gesto mas visible y ampuloso de un engorramiento en acto –y de a muchos–, pero hay muchas formas de engorrarse, algunas mas sutiles, otras mas “privadas”...) cobra otra dimensión. Abre el terreno de una disputa política compleja, oscura, difusa. Es un gesto que busca el límite (sale a disputarlo, o a imponerlo) ante las secuencias intensas en los barrios, poniendo en juego el equilibrio del escenario anímico que es lo que está en tensión, en discusión. Por eso un engorrarse no se fundamenta en un pedido de orden barrial, no se agota ahí. Aspira a fundar otros umbrales. No hay liturgia gorrera sin un resguardo de tranquilidad en la

propia vida. Cualquier cosa que pase, que ande por ahí, cualquier secuencia, puede habilitar un quilombo que desarme el frágil equilibrio cotidiano que permite llegar al final del día. Y la tranquilidad se vuelve la presa de la cena. Los cuerpos convulsionados en plena precariedad totalitaria, quedan entre la tranquilidad y la gorra. Engorrarse es mantener cueste lo cueste el equilibrio anímico que se juega en el abismo de la precariedad.

Pero en cambio, cuando se habilitan las secuencias intensas, la tranquilidad no basta con lograr un equilibrio, y el bajón como reflujo anímico te deja solo frente al fondo abismal del barrio. Entonces ¿qué es un barrio tranquilo, una vida tranquila? ¿Sólo esa liturgia gorrera (como gestión inmanente de lo que pasa) proporciona una imagen de tranquilidad posible? Si dijimos que el engorrarse es disputa por la intensidad, es porque hay otras maneras. Otras liturgias para lidiar con lo intenso y también para lidiar con la precariedad totalitaria; para gestionar los equilibrios anímicos, las alegrías y también las nauseas, los bajones. Otras imágenes de lo que es vivir y morir, y por ende otras formas de recordar, otras máquinas de recuerdos y memorias barriales, otras politicidades. Unas que no parten de las muertes, sino de esa disputa previa, de ese campo de intensidades anterior (la vida...); una politicidad que no hace foco en las biografías interrumpidas, sino en aquello que de intensidad portaban...

Lo que pueden las wachas (Apuntes a la salida del taller)

“En momentos de sequía a nivel ambiente, de reflujó, de enfriamiento vital, los no refugiados vivimos rascando la pipa. Pero en movimiento. Viendo dónde corre aire, siempre con la cabeza alta para pescar esas brisas que te sacan del sopor de una época que se cierra en lo obvio”

La desbordante y ruidosa presencia callejera de las pibas en las movidas de *NiUnaMenos* durante estos años, los nuevos modos de politización que parecen estar experimentándose, el corrimiento sensible efecto de un copamiento a pura presencia y agite también se juega en el combate berretín-a-berretín cotidiano. Un pibito intenta bardear a una piba y otro salta enojado, “eh, gil, *niunamenos*, boludo”. La piba mira seria y los aplica a los dos: esa defensa verbal está demás.

Las pibas mueven el culo y *copan*. O se mueven por la fuerza que insiste en copar y hacer *amurar* la moral: copamiento sensible –no necesariamente subjetivo o territorial, aunque también–.

Las pibas copan sensiblemente los talleres; pegamos onda y el diferencial de intensidad y potencia que despliegan queda más expuesto en las secuencias que las tienen como protagonistas; ahí donde ellas están re activas y los pibes duermen. Si la fuerza de la movilización

colectiva *recarga* y le da una mayor densidad pública, callejera, social a los agites es seguro que no los empuja ni los “inventa”: la sensibilidad y la potencia de las pibas se incuban en los agites barriales, en los modos en que se plantan “puertas adentro” en sus ranchos y en sus calles, en la rapacidad con la que atraviesan la noche, en la fuerza de sus cuerpos para molestar o *calentar* a una ciudad. Quizás, en ese mismo ADN hay restos lejanos de una política vital, de ricoterismo, de cumbia de la buena y callejera, del mejor juvenilismo... Quizás menos *empoderadas* por las movilizaciones que donantes de sus intensidades más filosas y provocativas...

Volvemos a los talleres. Las pibas aguantan el espacio: sostienen un equilibrio difícil –siempre precario y al límite– en una sociabilidad que oscila entre el *descanso* y el enojo, entre el afecto y la crueldad, entre la alegría y los bajones; bancan cuando alguno se fue de mambo y hay que ubicarlo (“No vengas a tirar berretines, gil. Te voy a dar un sopapo”). Y bancan también –y sobre todo– cuando *ATR* muestran el desplazamiento y la fuerza convocada con anterioridad para encarar ese estado; para una piba no es gratuito estar *a todo ritmo*, para una piba –por ser piba– es más difícil *rajar* de un modo de vida y moverse de rol; el espeso caldo de la cotidianidad familiar y hogareña vuelve cualquier gesto más lento, cansino y complejo: hay que saltar más roles impuestos, hay que perforar más mandatos morales, hay que dar más *explicaciones* (a los padres y madres, a los hermanos y novios, a los docentes, a los vecinos, a las policías...incluso a algunas “compañeras” que se asombran –o espantan– y *aplican* moral...). “Siempre que llegamos al barrio después de una joda, la gendarme que está en la entrada nos espera desde bien tem-

prano y nos empieza a verduguear. Nosotros teníamos los zapatos en el hombro, siempre llevamos unas zapatillas de más, y la gendarme nos empezó a verduguear: ‘de dónde vienen así vestidas a esta hora’, ‘dónde sacaron esos zapatos...’. Nos tenemos que bancar a los gendarmes y después otros gritos más cuando llegamos a nuestras casas”.

•

Si el *servicio militar a cielo abierto* que desplegaban los gendarmes era para los pibes un modo de control en el espacio público, un micro y constante verdugueo de cuerpos silvestres sueltos por el barrio (lo dicho en *Quién lleva la gorra*: hacerlos cantar el himno, tirarles la Coca porque “seguro tiene pastas”, quitarles los piercing “porque son de puto”) en el caso de las pibas el continuo del verdugueo va del barrio a los interiores estallados (y viceversa). Las pibas cuentan que *la gendarme* encarna un rol de madre-verduga y un gesto de engorramiento similar al que padecen adentro de sus hogares (y que se continúa en las miradas sancionadoras de los vecinos y vecinas cuando caminan el barrio).

•

Casi todas las pibas acá son madres de sus pibitos y pibitas, madres de sus hermanitos y hermanitas, madres de los parientes del rejunte, madres de sus madres o padres cachivaches, muchas además trabajan algunas horas afuera, estudian, o están en la que pinta, se *lukean* para caminar las calles fulminadas, se *lukean* para salir a bailar unas cumbias o unos reguetones o

para arrancar a alguna gira: en cada uno de esos cortes hay una violencia latente...

En los nuevos barrios, son las que están más expuestas a la precariedad totalitaria; sobre sus cuerpos cae la fragilidad de cada una de las redes que gestiona la cotidianidad de los rejuntes (“Mi hermana es la que termina de decidir si mi viejo se va o no, porque ella es la que se queda con mis hermanos, la que hace todo en la casa, la que también me cuida cuando llego gede, la que se banca a mi viejo si está borracho...”, dice Johny).

Pero cuando se hace un plano secuencia de “todos” los roles que sostienen y atraviesan las pibas se puede percibir la potencia y la habilidad para *–si da–* usarlos a su favor *–a favor de sus berretines–* o dejarlos de garpe o quedar atrapadas y engarronadas en alguno... Si a las pibas se les adjudican más roles (más cantidad y más densos...) es porque se sabe que sus cuerpos pueden más. En esos mismos cuerpos se exorcizan los fantasmas del terror anímico que late en los rejuntes domésticos, familiares, conyugales: cuerpos que hospedan y que por eso se quieren fijar: ¿y si las pibas se van? ¿Y si se cansan y largan todo? ¿Y si rajan con un pibe o una piba? ¿Y si se van por ahí? ¿Y si las captura un trata-pibas? Doble potencia la de las pibas; sostener pero también desestabilizar y mandar al carajo el frágil equilibrio anímico de la precariedad implosiva.

•

Al igual que en el caso de los pibes que matan las fuerzas de seguridad o que caen en enfrentamientos entre banditas (o incluso en los suicidios...) cuando se habla de la violencia contra el cuerpo y la vida de las pibas se

arman diagnósticos desde el diagrama y la perspectiva del poder: se piensa a la piba *detenida*, fija –y sin potencia– en alguno de los roles o escenas de la larga y compleja serie existencial. La percepción de la piba metida *totalmente* en los quilombos y la violencia ambiente no permite pensar su potencia política: la del virtuosismo para sostener y rajar de todos esos roles.

El único axioma –más *validado* encuentro a encuentro con los pibes que válido por lucidez pedagógica– para pensar con los pibes y las pibas es no detenerlos –ni a sus vidas ni a sus gestos– ni pensarlos desde una exterioridad sensible: pensar en alianzas insólitas, pensar en el raje, pensar sabiendo que el diferencial de velocidad puede hacer que se esfumen en segundos nuestros códigos morales, políticos, teóricos, culturales... Si “detenés” a las pibas –por moral o por temor...– no se puede pensar ese pulso anímico que late en buscar respeto o deseo... Si fijás a las pibas en alguna imagen se pierde la posibilidad política de pensar el sentido *estratégico* de sus recorridos cotidianos. Además, y sobre todo, se replica –desde otro lugar, con otras intenciones...– la misma operación que sobre sus cuerpos realiza el barrio, la ciudad, los pibes, los verdugos: objetualizarla, arrancarla de las intensidades que conquistan y transitan y ponerla en un plano en donde únicamente pueden devenir vidas sobre las que pensar, visibilizar, denunciar o intervenir... cuando se trate de hacer todo esos movimientos pero sin abandonar la búsqueda de *alianzas* con sus potencias vitales.

91

•

¿*Qué onda las pibas?* como pregunta que se lanza a explorar la singularidad de sus andanzas barriales. Qué onda

las pibas como forma de enunciar que toda la precariedad que cae sobre sus cuerpos es porque *antes* las pibas –un antes no solo temporal, sino vital, de movimiento, de presencia...– tienen un diferencial de potencia. En ese *antes* es que está todo (la información sensible de la precariedad totalitaria): que no hay familias, que no hay hogar, que no hay lugares a donde ir: las pibas *saben* que hay interiores estallados, rejuntos y precariedad, un *adentro* que no finaliza cuando rajan de su casa... Las cartografías y diagramas que se realizan desde los movimientos propios (de su ambiente, de su naturaleza) son muy diferentes a los diagramas *duros* del poder. Sin la alianza perceptiva y política para pensar las intensidades que recorren –y desatan– a las pibas se cae rápido en un realismo territorial y social irreversible y asfixiante. Es tan urgente y necesario hacer los diagramas de los poderes letales –denunciarlos, visibilizarlos, combatirlos– como investigar junto a las pibas los modos en que lidian con esos peligros ambientes en la cotidianidad del barrio y de la ciudad, cómo administran sus energías y sus movimientos en esas feroces economías urbanas, cómo y cuándo conquistan intensidades que le enrostran preguntas sensibles a las formas de vida contemporáneas. Preguntas que son mandadas en una movilización urbana enorme y también en la intemperie de la noche *festiva y feroz* –las proporciones de estas dos cualidades sólo pueden investigarse *in situ* y por, o junto a, sus protagonistas....–, en la soledad de una vuelta en remís, caminando o en bondi a las 6 de la mañana (esquivando el pacto vecinal entre antis, gorras y giles que las bardean) o saliendo del barrio a la mañana para ir a laburar o a estudiar.

•

¿Quién se banca, quién soporta las intensidades de las pibas (en el día barrial o en la noche urbana)? ¿Qué lenguaje político puede pensar a la piba rajando? En muchos casos esas intensidades se llevan puesto los cuerpos, son dañinas, no se trata de celebrarlas en sí mismas, pero sí hay que pensarlas, y *seguirlas* (sólo se comprende algo si se lo sigue, no si se lo detiene) ¿Qué onda las pibas es también qué onda *Nosotros*? ¿Qué alianzas podemos crear para encontrarnos –o sostener los encuentros– con *ellas*? ¿Será que, al igual que con los pibes, para aliarse a esas pibas en raje tenemos que también estar rajando nosotros (de la comodidad de ciertos lenguajes agotados, de la posición de militantes, de adultos, de pibes...)?

Mas que *pibes o pibas silvestres*; silvestrismo suelto –en la ciudad, en un barrio, en la noche, en la calle...– que puede atravesar –y ser convocado– por la vagancia, por militantes pillos, por docentes o talleristas piolas..., y como está demostrando la época, por las pibas que a todo ritmo no paran de morfarse de manera rapaz la moral, los roles, los lenguajes y los modos de vida tímidos y refugiados; las pibas –obligadas casi siempre al refugio doméstico, familiar, moral– le lanzan filosas y urgentes preguntas a la sociedad gorruda, mula y refugiada...

•

OTROS TÍTULOS DE TINTA LIMÓN

De #BlackLivesMatter a la liberación negra
Keeanga-Yamahtta Taylor, noviembre 2017

Escupamos sobre Hegel
Carla Lonzi, octubre 2017

Autonomía y diseño. La realización de lo comunal
Arturo Escobar, octubre 2017

Semilla de crápula
Fernand Deligny, octubre 2017 [Coedición con Cactus]

Salidas del laberinto capitalista
Alberto Acosta y Ulrich Brand, junio 2017

Fight the Power. Rap, raza, realidad
Chuck D, mayo 2017

La guerra contra las mujeres
Rita Laura Segato, marzo 2017 [Coedición con Traficantes de Sueños]

Nuevo activismo negro.
Lecturas y estrategias contra el racismo en Estados Unidos
AA.VV., diciembre 2016

Una historia oral de la infamia.
Los ataques a los normalistas de Ayotzinapa
John Gibler, septiembre 2016

¿Quién lleva la gorra?
Colectivo Juguetes Perdidos,
2da. ed. septiembre 2016

Fuga. Qué pasa por la tribu
Colectivo La Tribu, abril 2016

Redondos. A quién le importa.
Biografía política de Patricio Rey
Perros Sapiens, reimpresión abril 2016



